

Cajón de Turco



Omar Adi

Cajón de Turco



2004

*Deseada la reproducción siempre
y cuando sea placentera para
quienes la deseen y practiquen
con gozo las artes que la
permiten.*

*Las palabras, que al principio son
de quien las dice o las une, al
pasar el viento son del viento.*

Para siempre.

© 2004 Edición de *El libro en caja* & *Casa de Anónimos*

*Este libro fue diseñado y armado en la tarde del día 23 de diciembre
de 2003. Puesta en página y santas pelotas: Rodolfo Fuentes*

Desmemorias santalucenses
para leer pausada y cautelosamente,
mate y corazón bien cebados.

O

Oración

Querido baisano que estás en los cielos:

Dame fuerzas para seguir siendo yo mismo a toda costa.

*Permíteme conservar el imprescindible instinto,
el jadeo animal, el duende árabe de mis abuelos.*

Hazme seguir desconfiando de frívolos, cuentamusas y dogmáticos.

*Obséquiamme con la esperanza de encontrar
dignidad y vergüenza en mis semejantes.*

*Deja que continúen iluminándome las tres estrellas del buen cielo:
amor, humor y locura.*

Aleja de mí las puras cáscaras enfermas de trascendencia.

*Dame siempre la pulpa, el jugo de la vida,
no me prohibas la manzana.*

*Y ayúdame a reirme de mí mismo
cuando ya no tenga dientes para morderla.*

Amén.

*Se levanta el primer lienzo que protege el
contenido del cajón de la tierra de los caminos.*

Zaguán.

Queridos baisanos:

El cajón a veces es sólo envase, packing y otras caja de Pandora, nunca de caudales, ojalá de resonancia.

Contiene esbejos y esbejitos que demasiado a menudo te devuelven lo que ya no sos.

Te impone desnudarte en público y entonces redescubrirte, contradecirte y mentir un poco: es que la tapa abierta tienta a esconder la panza y a pegar con poxipol la patita rota para que se note menos.

Contiene un galope mejorado de tropillas de recuerdos; algunas amorosas crueldades robadas a

Celaya, que deben ser leídas escuchando a Paco Ibáñez; voces árabes (chaira, alpargata, aljibe, almacén, alazán, azabache) murmuradas por un abuelo mercachifle regateando en la campaña canaria.

Intenta recuperar el asombro para todos los Ciprianos con cincuenta abriles que encima llevamos pero que podemos seguir consiguiendo algo de jugo, apretando naranjas y chupando del agujerito.

Supone defender la inteligencia, la belleza, la poesía, la solidaridad contra todos los mercaderes de palacio que son los dueños del mundo y de tantos de nosotros.

Como un cajón de turco tiene tanta cosa diversa, conlleva el riesgo de que quien lo porta, sea sindicado como responsable -cabeza de turco- de indignados reclamos del consumidor ante todas las chafalonías brumosas que contenga o deje adivinar.

“Iba aquél que ya no soy entre nieblas y neblinas” gime el entrañable Darno, que le escribe al autor en el librito de ese disco: “no inspecciones la niebla, sí las neblinas, si posible fuera”.

El consejo ha sido seguido al pie de la letra: no hay nieblas en estos textos.

Sí neblinas tenues que a veces dejan adivinar a Catherine Deneuve en Belle de Jour, a la cancha de Wanderers, al Cándido de Voltaire, al Bandido Díaz afirmando “no hay nadie que aguante más que vos abajo del agua”, al monstruo de la laguna negra, al bar La Perla, al Sportman, al Plaza Bar, al Club, a la Cancha de Bochas, a Tato Cifuentes Tatín, a la pérgola de la plaza, a los domingos con Delfor y su Revista Dislocada, a Unamuno, al cartel de pescado frito cada vez que había timba (nunca pescado frito) en lo de Salgueiro, a la revista Mad y a Lunes, a Casimiro Parola, a los libros de cualquier tenor comprados en lo de Elsa Cendali, a una Bidú bien fría en los carnavales de la cancha de bochas, a Gorospe y todo el barrio quemando un judas en la esquina de Rivera y Colombes, a Viendo a Biondi, al gordo Ortiz hablándole a los comandantes de los aviones mientras vendía telas importadas en campaña, a un poema de Callorda, a Lolita de Nabokov, a La Piel del Judas, al

Tono, al Gordo Ron, al Viejo Pérez, al Gaucho Cigliuti, al Largui.

Neblinas que dejan afuera al conjunto carnavalero de los diez años, con Diego abriendo la marcha vestido de payaso y haciendo cabriolas; a la novela de misterio siempre inconclusa escrita a medias con Cacho González; a la librería que con Efrén abrimos al lado del Telégrafo y en la cual nadie -nunca jamás- compró un libro; a la “agencia de publicidad” que vendía cartelitos creativos para colocar en las vidrieras de la Sastrería Rabaquino, de lo de Abdón Díaz y en los interiores de la parrillada de Miguel Taya con los dibujos del flaco Viera; al grupo de teatro infantil que escenificó “El fotógrafo ambulante” levantado de El Tesoro de la Juventud y que luego actuó en varios cumpleaños con sketches que querían ser humorísticos y eran vergonzosos; al espectáculo de sexto año que la querida Chocha nos obligó a armar y en el cual uno imitaba a Nat King Cole, corcho quemado, vergüenza y sudor.

Las neblinas no conformarse anécdotas plenas,
las insinúan.

Pero aclaremos el asunto.

Quien porta hoy el cajón sobre sus hombros, se detiene, lo deposita en el suelo de tierra, levanta su chirriante tapa y expone su contenido sin responsabilizarse por satisfacción alguna, sin dar garantía de ninguna índole acerca de la fidelidad de los recuerdos y sin incluir las pilas.

Hay un dulce egipcio cuya traducción literal es “cómelo y cállate”.

Bueno, eso.

Aunque esté embarrado de arriba a abajo y sea amargo como un rencor, qué tanto melindre.



*Cuando un libro necesita advertencias, algo
huele mal en la neblina.*

Pero no puede remediarse.

*El lector extranjero corre el riesgo de no
entender códigos locales, y puede desconfiar de
giros densos y abjurar de tonos sacramentales, de
demasiados guiones, de recuerdos que sólo le
importan a uno o dos, de cosa que se nota
escrita accediendo a gentiles pedidos.*

*Por eso este libro está dedicado a la inmensa
minoría, como dijo alguna vez Juan Ramón
Jiménez (aquel tipo detestable que sin embargo
nos regaló a Platero, pequeño, peludo y suave).*

*Pero, en fin, aunque usted no tiene por qué
hacerlo, Dios nos va a perdonar.*

Es su oficio, decía



Reclame su cajón en los quioscos.

En su vida, teatro y cotidianas supervivencias aparte, uno ha tratado de no usar máscaras, quiero decir, de no vestirse con la ropa del personaje de turno porque ha optado, cómodo como es, por el camino que muchos entienden árido y que uno sabe el más fácil: ser uno mismo.

Uno es quien es y como es y se acabó y escribe en tono menor (el único que conoce), desnudo de técnicas, de orientación de quienes saben y (ésto lo dice bajito para que se note menos) de talento.

Es lo que hay, valor, grita Kessman.

Estos textos se publican como ustedes bien saben desde julio de 2002 en el Semanario El Pueblo y obedecen a la insistencia, persistencia, ¿e inconsciencia? de Alfredo Valdez.

Fueron una sorpresa para uno mismo, que se encontró escribiendo sobre lo que jamás pensó y se vio abriendo cajones chirriantes para rescatar sueltos delirios de épocas mozas.

Eso es un cajón de turco: desde lo que uno supone la mejor pintura que Cabrerita fue capaz de pintar hasta la bailarina de cerámica con una pata rota, esculpida -mal- a pellizcos y cachetazos.

No están escritos para vivir lo que uno fue -porque bien sabemos que ya no somos aquéllos-, sino simplemente para recordar juntos cosas que nos unieron o separaron, salpicándolas de viejos textos, porque la frecuencia semanal nos obligó a echar mano a apollados papeles conservados vaya a saber por qué y cuya fecha de vencimiento hemos adulterado ignominiosamente, intentando pasar gato por liebre,


aunque el sufrido lector, de proverbial buen olfato, advierta que el gato tiene un olor a podrido que ni les cuento.

Y bien, baisanos, estos textitos, con patas rotas y todo, serán libro.

Desnudos de afeites, ropajes y grandilocuencias, así, como salieron, edificarán la tercera pata del consejo de Gabriela, porque hijos y árboles ya están.

Con Rodolfo Fuentes -barbado hermano coterráneo, talentoso diseñador, músico y alter ego del Hagrid de Harry Potter, entre otras desconcertantes funciones- estamos armando el proyecto.

Cuando se edite, usted tendrá el derecho a decirme, como el genio de Groucho Marx: “Desde el momento que tomé su libro me caí al suelo rodando de risa. Algún día espero leerlo”.

Y uno, esta vez sí, se pondrá una máscara de qué me importa y moqueará bajito para que nadie lo escuche. 

*Se levanta el tercer y último lienzo para
deslumbrar al cliente desprevenido con beines,
beinillas, beinetas y otras inutilidades, que a
veces hasta usadas son, mire usted qué asco.*

Desechos orgánicos.

El cajón es un tacho de desperdicios: cáscaras de naranja que ya ni para el mate dulce de las tías, viejas cebaduras, mondaduras de papas, fotos de desconocidos, cáscaras de maní, plomitos de chocolatinas, dos figuritas Aguila repetidas, polillas que nunca volaron, sueñitos sin alas.

También es mantelitos de hule, baratijas de plástico, todo a diez.

A veces, sin embargo, el cajón es como una silena, aquellas cajas pintadas por fuera con motivos grotescos y llenas en su interior de objetos preciosos, baisano,

que nos refiere Erasmo en su monumental Elogio de la Locura.

Lo precioso brilla, ¿no es cierto?

Y bueno, en el cajón brilla la memoria.

Revolviendo desperdicios, uno se sorprende encontrando recuerdos casi sin uso, a veces envueltos en papelitos de celofán, a veces desnudos.

Muchos recuerdos, indomables, se elevan y te caen encima desde alguna parte.

Otros son mitos y leyendas y se recrean, siempre con matices, de acuerdo a quién recuerde.

No es fácil separar la luz de la memoria verdadera del brillo de lo reinventado. Es más, tal vez no sea necesario.

Es que el brillo de la leyenda nos ilumina la sonrisa o la pena con efectos más duraderos que la verdad.

Este cajón encierra recuerdos personales, que casi siempre son reales y recuerdos colectivos, que casi nunca lo son.

Es por eso que a veces las polillas que nunca volaron son aves fabulosas que atraviesan continentes, llevando en su pico, colgando, alguna colectiva fantasía adolescente que exorcisa el complejo de inferioridad de todo pueblo chico.

A veces se le caen reflexiones. Otras -¿las más?- deyecciones.

Si eso ocurre en algún Cajón, sébanlo ustedes disculbar, baisanos.



De paso.

Camino a paso lento las viejas calles.

Camino sobre milicianos paraguayos, canarios, asturianos, sobre indios y criollos, sobre sojuzgadores y sojuzgados, sobre don José Gervasio mismo, pero sin pensar en ellos, atrapado por fantasmas más cercanos que habitan en los olores de cada rincón que voy dejando atrás.

Churrasco, taller mecánico, carpintería, Proust y su magdalena, tierra mojada, café con leche, pasto recién cortado, gallinero, agua del río, vieja juventud, tortas fritas, humedad.

Son olores de fantasmas disonantes que tornan mi paso más vivo, como a saltitos.

Olores que dejan adivinar sonidos de lejanos tiempos, cuando todo era más simple.

Y aunque todo mude instante a instante, el caminante sabe que hay rincones interiores que siguen siendo iguales a aquellos de cincuenta años atrás, donde el olor a un naranjo en flor era causado por un naranjo en flor y no por un sobrecito de jugolín.

Todos ven lo que tú aparentas; pocos advierten lo que tú eres, sentencia Maquiavelo.

Algún vecino, por ejemplo, ve que un desconocido blanco en canas, quilos demás y pelo de menos, gesto severo, recorre territorios que no parecen pertenecerle. No hay atisbos de su orín en los árboles de la cuadra y fijáte cómo los perros le ladran, desconfiados.

Ese es el hijo del turco Adi, ¿te acordás?, aquél que vivía en la cuadra de Gorospe, creo que es milico o algo así, imagináte, no parece simpático el tipo.

Una pelota queda picando a los pies del caminante y le da una, así, de sobrepique.

La pelota pasa por encima de un muro y cae en una casa.

El caminante no tiene la menor idea de quién vive allí.

Sigue caminando.

Van quedando atrás los gritos de unos niños que no conoce.



Nosotros, los de entonces.

“Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”.

Las palabras de Neruda siempre estuvieron escritas en alguna pared de la esquina de Rivera y Colombres, pero ninguno de nosotros pudo, supo o (siempre existieron tipos lúcidos) quiso verlas.

Y es que no podemos ser los mismos porque la vida te va colocando corazas, durezas, callos y te impone olvidos, desengaños y una tristeza sorda que no entendés del todo.

Nada es lo que era, hermano.

Para vestirnos de nuevo con el ropaje de los años idos, para recuperar el pelo y las ganas y la fe, debemos golpear la puerta de la casa de nuestra juventud, a ver si nos responden los recuerdos.

Y, ¿saben qué?

Nos responden. Siempre.

Hay quienes dicen que la certeza de esa respuesta hace que cada día nos hagamos menos preguntas y que el refugio en el pasado ayude a techar las inclemencias del presente. Cosa de viejos, ¿vivo? .

Pero no importa. Lo que importa es que la puerta se abre y ese pasado nos reconoce, tal vez simplemente porque somos parte de él.

Es entonces cuando el mozo del bar Rossana de Adi y Lalinde me sirve un cortadito con media-lunas.

El juego de espejos no me sorprende. El mozo soy yo, tímido y asomado recién a una vida que nunca entendí del todo.

A la vez, el equipo titular y la reserva del Rossana Fóbal Clú (qué difícil defender el honor de un cuadro de fútbol que se llame Rossana) prepara sus habilidades para ir a jugar al Cerro de Montevideo, con el inefable refuerzo en las bravas, de Cachengo.

Decenas de amigos del alma entran a la cancha: El Fanga, el Viejo, el Cacerola, el Gaucho, el Canario, el Chiche, el Mono, el Petiso, el Macho, el Colorado, la Chiva, hasta el Tono a veces. Y tantos otros. Y aunque no los televise nadie, siguen jugando hoy en ese caprichoso y a pedal video del corazón.

El técnico ad honorem es Cherro, que, como siempre en cada cancha, nos mira a todos y pregunta: “bueno, muchachos...¿quiénes juegan?, caminando luego todo el partido de banderín a banderín sin jamás decir una palabra. Perdomito, Técnico Alterno, respeta al titular y también calla.

En la cuadra de Colombes entre Rivera y Virrey Vertiz (que nadie cambie el nombre de mi memoria),

entrena el equipo espectáculo de Los Olímpicos: Pepe, el Viejo Pérez y este escriba.

El Aspirante Francois pisa en falso y se cae. Luego de años de práctica y endurecimiento ya pisa firme. Pero vuelve a caerse.

Perette Tesoro deja la bolsa de maníes y alterna en el equipo. Los maníes se enfrían y algún vecino se calienta.

El portón de Gallego o la ventana de mi casa son los sufridos arcos.

Luego del Liceo e incluso de Preparatorios en Canelones, los picados en esa calle cobijan a más de veinte rompe balones. La Fundición debe seguir siendo cementerio de muchas pelotas de diverso porte.

Quien no puedo nombrar, pollerita y saludo desdeñoso, pasa en bicicleta y todavía uno recuerda aquel festín de piernas.

Desde la peluquería de Gorospe en la esquina frente al bar, Juancito Taya (“El Fígaro Moderno”), bigotito

de galán y máquina de flit en ristre, nos recita el título de su best-seller: “Rebelión contra la humanidad y/o regeneración de la misma. Dos tomos en uno. Predica El Fígaro Moderno”. Y luego de un flitazo intempestivo ante un estornudo impropio de su cliente, nos anticipa el título de la obra que tiene en proceso: “Ah, qué calor!”.

El Divino Roque pasa hacia el río y luego de darle un generoso envión a su mate cebado desde un termo cubierto con “El Pueblo”, nos saluda con su palabra inglesa preferida: “Sariuán!”. El Nene, trotando a su lado, no parece entusiasmarse con idiomas foráneos.

El Chivo Landaburu, ya en la noche del boliche, armoniza con nosotros canciones de La Troupe Ateniense y de la Oxford entre medio y medio y Añeja Especial (porque el Rossana, boliche fino, no vende vino, señores).

Fajián vende sus chorizos al pan y canta el chisporroteo de la grasita sobre las brasas.

Lalinde conserva su receptáculo de zapatero y canta

su martillo sobre los clavos semilla.


Mi viejo deja las noches del bar en manos de quien ésto escribe y descansa junto a la vieja, que ya regresó de la Colonia.

Hoy ambos descansan . Ellos no cantan.

Pero quien esto escribe -irrespetuoso- canta con la nostalgia y con la alegría, con los recuerdos y la fraternidad, con los viejos que hoy vuelven a estar juntos, con un pueblo en el cual todos éramos iguales.

Nos entrarás dos veces en el mismo río, dice Heráclito.

Pero uno, por inocente o por bruto, entrará todas las veces que pueda.

Porque en ese río todavía navegan viejos sueños y aunque sus crecientes hayan humedecido y derribado algunas utopías, es saludable hundirse en sus aguas para, matando de paso algún tábano, jamás olvidar, nosotros los de entonces, de qué pueblo somos y a qué pueblo, en definitiva, nos debemos. 

Jugando contra nosotros, vas muerto.

En algún libro uno ha leído lo que rezaba una lápida que no por inventada resulta menos apropiada para tantos que en el mundo han sido:

Aquí yace bien sepulto

Capdevilla en este osario.

Fue niño, joven y adulto

pero nunca necesario.

Nosotros éramos jóvenes y seguramente nada necesarios.

Pero no nos dábamos cuenta.

En vacaciones, con 35 grados a la sombra, armábamos cada partido que ni te cuento en el field oficial de la barra: Las Calaveras.

Allí, frente al Cementerio, debe haber jugado medio pueblo.

Todos los santos días desde la media tarde hasta el anochecer, players venidos desde los más diversos barrios se daban cita para jugar al fútbol, no importaba si mal o bien. A veces, haciéndole honor a la cancha, los partidos eran a muerte.

El Tito Goñi, portero alterno del camposanto, aplaudía las jugadas y hasta solía gritar: “Quién cafó ahí?”

Es que seguramente más de uno sumaba a las “cafadas” propias de los encuentros, pifiando la guinda cuando entraba al propio arco haciendo sapitos, alguna “cafada” más consistente detrás de los pinos.

Instalaciones deportivas sin vestuario es lo que tienen, ¿vivo?

La vida, desde entonces, nos ha hecho jugar demasiados partidos. Algunos ganados en la hora, otros empatados gracias a una férrea defensa y los más, perdidos ignominiosamente.

Hemos reiterado innumerables “cafadas” detrás de otros pinos y nos han hecho goles en “orsai” y con la mano sin que ningún juez haya cobrado la falta.

Ya hoy, algún jugador ha cruzado la calle hacia el campo de enfrente y allí descansa, ajeno a las tácticas y las técnicas a las cuales otros, más giles, nos aferramos con uñas y dientes, suponiendo que así nunca bajaremos a la B.

Pero está escrito: nos equivocamos.

Porque como dijo un poeta, estamos todos en el centro del mundo traspasados por un rayo de sol.

Y de pronto, anochece.

¿Te das cuenta?

Este partido no lo ganamos ni en la Liga.

Buta barió.



El Evangelio según Don Mateo.

San Mateo nos cuenta desde su Evangelio: “...todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce.”

Curiosamente, el número clave del Mateo de este recuerdo es también catorce.

Quieleros, tomar nota.

Mateo era el médico del pueblo o al menos, el médico de mi pueblo interior, el más vasto cuando se tienen cinco años.

“Y recorrió (...) sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 4.23).

Don Mateo -ateo como buen batllista o tal vez agnóstico, no lo sé- sacudiría su melena de león si pudiera leer estos dislates. Y tal vez me recetara un laxante para que me dejara de joder.

Es seguro que suscribiría lo que alguna vez escribió Mario Benedetti: “Yo no sé si Dios existe, pero si existe, sé que no le va a molestar mi duda”.

Don Mateo era vigoroso, de corta estatura y anchos hombros, con cabello abundante y señoriales bigotes, tan blancos como su túnica. Su corazón, en cambio, era colorado. Coloradísimo. Como la lista 14.

“Había elegido un molde físico, así como un escritor elige una técnica”, decía Graham Greene.

Ese molde físico -reafirmado por la profundidad de su voz- y el visible molde espiritual

-su calma, su seguridad, su conocimiento del alma humana que los mayores alababan- hacían que para el

niño con llagas en la garganta fuera médico y, a la vez viejo sabio, mago, hechicero y chamán.

El turco chico vivía en un mundo lleno de Mateo: su padre -con la 14 en la tapa de su Credencial- lo idolatraba y su tío Eduardo (o Alberto, según él quisiera) solía ser su Enfermero-Secretario-Asistente.

Alberto no era precisamente un sacristán y codiciaba demasiado a menudo a la mujer del prójimo.

El tampoco perdonaría el pecado de las referencias bíblicas.

Evangelios aparte, la figura patriarcal del doctor era para uno símbolo de verdad revelada, de callado respeto, de emocionada admiración; era sinónimo de seguridad, de confianza, de mano franca.

Un dios sanador para un gurí cuya enfermedad era más el terror por sentirse mal que la amigdalitis.

Hoy los niños casi no tienen remedios contra el miedo.

Y uno, veterano descreído hasta el asco de los medicamentos milagrosos que tantos falsos profetas nos proponen, ya no cuenta con ningún Mateo que le recete una cucharada cada cuatro horas del tónico reconstituyente de la fe.

Sobre todo de la fe en los demás.



Encarnada flor batllista.

El Club de Legnani estaba en la calle Rivera a pocas cuadras del Cementerio.

Luego, un nuevo bastión abrió en Rivera frente al bar de Kornichón.

Uno andaba por los diecisiete, le seguía los pasos al turco viejo y ya tenía alma de comunicador, la misma que algunos años después desnudaría en Antuña Yarza, Amarelle y alguna otra agencia de publicidad “de la capital”.

Con el Viejo Pérez poníamos discos de 78 a todo volumen y hacíamos locuciones dialogadas,

conjugando información de interés público con proselitismo político.

Miren si no:

EL TURCO CHICO (natural): “Le afirmamos dos cosas”.

EL VIEJO PEREZ (en tono de noticiero): “que son las cuatro y media”

EL TURCO CHICO (enfático): “y que Gestido es el mejor candidato a la Presidencia de la República”.

A pesar de eso, el General Gestido ganó las elecciones.

Sin edad para votar pero integrando la “Juventud Batllista” (que ahora que lo pienso era unipersonal), hablé en la plaza pública en un acto multitudinario junto a todos los monstruos del Partido Colorado.

En mi encendido discurso grité con los enérgicos ademanes del caso y luego de supuestamente dominar unos nervios que me atenaceaban el estómago:

“Y la culpa de todo ésto, correigionarios, la responsabilidad por esta miseria y estos atentados contra nuestro pueblo, contra ustedes, contra todos nosotros, se origina, como ustedes bien lo saben, en la actitud irresponsable... del Partido Colorado!”.

Yo no sabía si estaba en la plaza de mi pueblo o en un ágora griega y menos si el público estaba conformado por Gutiérrez y doña Beba o por animales de plasticina.

Incluso no supe qué había dicho hasta que horas más tarde algún amigo -serio y con cara de qué cagadame lo comentó.

Estaba convencido de haber enfervorizado a las masas y de así haber iniciado una meteórica carrera hacia alguna alta magistratura.

Me equivoqué.

Cuando pude votar, la señera figura de Gestido ya no estaba, lo que se llamaba batllismo era otra cosa, las masas estaban enfervorizadas sin ningún discurso

y la carrera meteórica era de todos y hacia lo negro.

Ya lo decía Vasseur: la flor que se ha gozado perfuma más que dura.

No sé si me explico.



Mire, m'hijo.

Averroes, filósofo y médico hispano-árabe que vivió allá por el 1150 decía:

“Cuatro cosas no pueden ser escondidas durante largo tiempo: la ciencia, la estupidez, la riqueza y la pobreza”.

Como somos pocos, en el pueblo la riqueza y la pobreza están siempre a la vista, aun cuando todos seamos algo más pobres cada día.

Pero como en el pueblo de mis recuerdos la riqueza y la pobreza no separaban, no importaba que estuvieran o no a la vista. Todos íbamos a la misma Escuela, al

mismo Liceo y era inevitable que todos compartiéramos todo.

Los demás eran de verdad también uno mismo.

Ser pobre o rico era como ser Juan o Pedro. Eran distintos, sí, pero daba igual.

Lo que no da igual y lleva algo de tiempo es saber quién es sabio y quién imbécil.

Pero más temprano que tarde, se sabe.

Hay otras categorías que nosotros agregaríamos a las de Averroes y que se descubren casi siempre demasiado tarde: el chanta, el mal bicho y especialmente, el alcahuete.

En las noches del Rossana, mamado hasta las tapas y mirándome a los ojos, me decía un viejo amigo de mi padre:

“Mirá, pibe. Yo puedo tener un amigo puto; puedo tener un amigo chorro; pero nunca voy a tener un amigo batilana”.

Uno ha sido educado (bien educado) en el desprecio al buchón, al alcahuete, al que traiciona al otro por plata, por poder o por simple bajeza.

En la vida, baisanos, es imprescindible separar los diamantes de la mierda.

Por suerte a esa fétida materia no hay desodorante de tolerancia que la vuelva soportable.

Es así.

Hay verdades que se entienden mejor en el fondo de seis grapas con limón que en la última obriedad de Paulo Coelho.



Margarita en el Jardín de la memoria.

No tengo la foto (creo que te la quedaste vos, Viejo Pérez), pero con dificultad la recuerdo.

Cuando intento darle movimiento, la cosa se pone más difícil.

Se mueve entonces -al principio lentamente- la Escuela 104 con su mapa en relieve que en los días de lluvia nos enseñaba cuán caudaloso podía ser el río Uruguay y cómo el Río de la Plata podía llenarse de hojas y desbordarse hasta la vereda de Virrey Vertiz.

Se mueven los viejos amigos, el rectángulo de arena (tan lejos del mar desconocido), los vasitos extensibles,

los refuerzos para la merienda, la moña azul, la plasticina y las crayolas, las hojas Tabaré, los cuadernos Piedra Alta, las gomas Dos Banderas, las cometas, el portafolio cargado hasta los bofes, los trompos, los chokolatines Aguila, cual retazo de los cielos de los cielos y la primera socialización.

El edificio de la Escuela -imponente incluso hoy- tenía la magnificencia y el misterio de tres castillos medievales juntos para niños de cinco años.

Como todo iniciado, llegábamos muertos de miedo a lo que era tan gigantesco como desconocido (si no, que lo diga Nelson Dárdano y el balde en primer año).

Sigo tratando de recordar la foto.

En ella, desde la puerta de la Escuela me mira asombrada toda Jardinera.

Allí están, entre tantos, Darío Pedrazzi, el Viejo Pérez, la Vaca Gutiérrez, el Gordo Ron, Chispita Couto y uno mismo, puro ojos.

Y está Margarita.

Fuera de sus márgenes, más allá del lente de la vieja cámara, me miran Chocha y Alicia y todos los rostros de la infancia detrás de frondosas moñas. Me mira el Uñapa De León, campeón en el juego de bolitas. Me mira el gordo Ron con sus refuerzos de bondiola, la canilla grande del patio y su agua fresca, la “Negra” sieteoficios que todos adorábamos, el cortar para la salida, los álbumes de figuritas.

Y me mira Margarita, también más allá de la foto.

Margarita fue nuestra primera maestra, la de Jardinera.

Con ella fueron los primeros juegos con niños que no conocíamos y las primeras disciplinas y los primeros palotes.

Esos palotes causaron éstos, los que ahora escribo para ustedes, viejos compañeros de Escuela, maestras que están y no están y -tal vez, solo tal vez- gurises de alma que entiendan de qué va esto.

Gurises ya arrugados por fuera a los que, más allá de dolores, miserias y descreimientos, les sobren siempre margaritas o, aunque sea, recuerdo de margaritas, fragancia de margaritas.

En este mundo sin jardines, si queda alguno, que siga abonando su tierra.



La Reina del Carnaval.

Carnavales eran los de antes.

Mark Twain decía que cuando era joven podía recordarlo todo, hubiera sucedido o no.

Les juro con la mano sobre el Corán y en honor a mis canas que este “sucedido” es eso: un sucedido.

Ubiquémonos en el Santa de 1955, año más, año menos

El Carnaval era un acontecimiento que congregaba a todo el mundo, sin distinción alguna.

Se elegía un Rey de las Cabriolas, que saludaba,

precario y majestuoso, desde la caja de un camión municipal decorado con las insalvables hojas de palmera..

Las hojas de palmera eran el elemento decorativo preferido para transformar lo común en mágico.

Y, claro, no daba ningún resultado.

Pero es que la magia estaba en otras cosas.

En la plaza cubierta de papelitos y serpentinas que los gurises juntábamos reciclando la alegría.

En el desfile de terroríficos cabezudos que nos hacían preguntarnos dónde carajo estaba la diversión del Carnaval.

En los bailes de disfraces.

En los tablados.

En las voces inevitablemente aflautadas de dudosas mascaritas que ventilaban todo tipo de trapito amparadas en el supuesto anonimato.

En las violentas guerrillas de agua incluso a baldazo limpio desde las azoteas.

En el Mudo con su carrito parlante (pero ésa es otra historia).

En ese entorno, se anuncia con bombos y platillos que en el desfile de Carnaval de ese año participará la Reina del Carnaval de Montevideo, lindo animal, dios libre y guarde, cuyos atributos los diarios ya habían mostrado.

Imagínense.

Es como si la verdadera Graciela Alfano (la desiliconizada, aquella de la tapa de “Gente”) desfilara por la calle Rivera, ahí, a un metro de nosotros, apenas con una pluma entre los dientes.

La expectativa es tan enorme como los atributos de la Reina.

Una anhelante multitud vive la inocencia y el entusiasmo de todo pueblo joven.

La Reina abrirá el desfile, ¿te das cuenta?

El comienzo está anunciado a las ocho pero, como siempre ocurre, son las nueve y media cuando la cosa comienza, ya con la expectativa y el nerviosismo de miles de ávidos espectadores a punto de explotar. .

Yo tengo 6 años y estoy con mis padres en Rivera frente a la carnicería de Maciel y al bar de Hardoy.

Sin entender demasiado, vivo el entusiasmo y la novelería, la emoción de todo espectáculo inusual.

Pero, ¿saben qué?.

Algo es demasiado inusual.

En lugar de vivas hay gritos, corridas, gente que putea. Hay cuchicheos. Hay lamentos (“no puede ser, che”, “no tiene goyete, vo”).

Tres policías pasan como pedrada hacia la Estación, hacia el comienzo del desfile.

Los gritos y el desbande adquieren proporciones mayúsculas.

Uno, chiquilín chiquito, se asusta de lo que no entiende.

Pero de pronto el Carnaval empuña su magia y comienza la risa. La multitud entera comienza a reírse.

Las carcajadas siguen hoy prendidas en mi memoria.

Graciela Alfano, quiero decir, la montevideana y bellísima Reina del Carnaval, anunciada por los periódicos locales, en afiches y por parlantes, no era ni montevideana ni bellísima ni Reina.

Era Pocholo Gorospe, muerto de risa y saludando al público desde sus manos con anillos, sus labios pintados, su vestido de vaporosa gasa, sus tacos altos y sus piernas tan peludas como sus bigotes, mientras era llevado en cana.

“Alto, padre cura, que la novia es macho!”, debe haber dicho un paisano.

Grande, Pocholo!

Este recuerdo tiene moraleja: nunca creas en las

idílicas promesas de la realeza o de los chambelanes de palacio.

Porque detrás (o debajo), pueden haber unas piernas peludas que te lo voglio dire.

Y de repente terminan haciéndote Reina del Carnaval.



Carnaval sin palabras.

El autor debe callar cuando su obra empieza a hablar, dijo alguien. Escrito en una serpentina, el cajón me permite hoy desenrollar este recuerdo y, calladito, lanzárselo a ustedes. Desenvuelve a aquel inolvidable mudo que en los viejos carnavales de nuestro pueblo, empujaba su increíble artilugio sonoro.

Baile de máscaras, circo pero también pan, aleteo de mariposas sin murciélagos, la bailarina puro rubor que gira y gira y cada tanto mira soñadoramente al gordo del bombo que golpea y golpea y golpea y sus golpes se confunden con los de la maquina de magia

que el mudo empuja por la calle Rivera en pleno desfile de Carnaval y nosotros agolpados viéndola pasar y adivinando que el payaso que hace cabriolas y el mono triste que toca los platillos no lograrán que la bailarina los mire como mira al gordo del bombo y rataplán por la calle y mientras la maquinita de magia guarda secretos que nadie jamás conocerá el mudo guarda silencio y empuja su carrito puro sonido y significado porque alguien sabe, no nosotros, que lo que aparece casi nunca es lo que es y que los que no se engañan se equivocan y rataplán y toda la troupe de movimientos y sonidos encerrada en el cajoncito de misterios donde la bailarina sigue girando y el gordo tocando el bombo y el payaso cabrioleando y el mono con sus platillos y su tristeza, todos haciendo crecer el rataplán y el misterio y el sello inconfundible del pueblo en Carnaval y el carrito del mudo que es una copia del pueblo puro sonido y silencio, puro silencio.



Pases, boletos y abonos.

Decía Víctor Hugo que las que conducen y arrastran el mundo no son las máquinas sino las ideas.

A nosotros nos arrastraban ambas cosas.

Jóvenes, llegábamos a la Estación a las 5 y 3 en punto, sin mojar ninguno de nuestros sueños aunque lloviera a cántaros.

La vida iba sobre rieles.

De lunes a viernes, el ritual comenzaba a las cuatro y poco para llegar o llegar a tomar un tren que muy pocas veces atrasaba, igual que nosotros.

Eramos siempre los mismos quienes integrábamos aquella sociedad de madrugadores pasajeros ferroviarios. Estudiantes unos, laburantes otros y a veces ambas cosas, nos mezclábamos los muy jóvenes con los veteranos. Y éramos iguales porque formábamos parte de los mismos pueblos, con los mismos miedos y las mismas ilusiones.

Olíamos a tren y entonces nos reconocíamos en medio de un Montevideo tan ajeno.

Y era el mate y era el truco. Eran las ventanillas rotas y la solidaridad. Eran las esperas de horas en Estación Central y el contar las monedas. Eran las largas charlas y las ideas de un mundo mejor. Era el frío que te calaba hasta los huesos y la amistad a toda prueba y el amor sobre los gritos de Romero con sus turronecillos a base de miel, maní molido y chocolate.

En aquella sociedad sobre ruedas las almas dejaban que te les subieras en marcha.

Con el tiempo, algunas cambiaron de horario y de destino y a otras les tapiaron todas sus vías de acceso.

Es que nada es para siempre.

Tantos años y tantas Estaciones después, trenes quedan pocos y solidaridad, menos.

Viejos camaradas son hoy patéticos fantasmas ferroviarios que deambulan por viejas Estaciones.

No los arrastra máquina ni idea alguna.

Están en la vía, aunque ni siquiera lo sepan.

Es que olvidándose de dónde son y de la fraternal humildad de su pasado, quieren vivir a todo tren confundiendo prosperidad con felicidad (Estaciones bien distintas) y entonces viven descarrilando.



Salta, Tantor.

Afirman los elefantólogos que el inmenso objeto de su estudio es el único mamífero que no puede saltar.

Y debe ser nomás.

Sin embargo, el Tantor de mi infancia no sólo saltaba sino que, ataviado con grandes orejas, hasta podía volar porque uno, cuando se le cantaba, lo convertía en Dumbo.

Es lo que se llama fantasía.

Eran tiempos de revistas “de dibujitos”, de cómics, aunque esa palabra resultara desconocida para nosotros.

Estaban todos los animales juntos, desde Mickey hasta Jerry, desde Donald hasta el Zorro Filoso, desde Bugs hasta Loquillo.

Estaban los “cobois” (El Llanero Solitario, Tom Mix, Red Ryder, Hopalong Cassidy, Gene Autry, Cisco Kid, Roy Rogers y algún otro), que combatían el mal, revertían injusticias y defendiendo al débil lograban siempre siempre siempre el triunfo del bien.

Eso también se llama fantasía.

Estaba El Fantasma, que ululaba desde El Diario pero no tenía los adeptos de Tarzán, que aullaba desde el Suplemento de El Día de los domingos.

Estaba Tobi, que a veces hacía de detective y con él La Pequeña Lulú, que batía todos los récords de preferencia.

Aunque ya no queden pócimas mágicas ni abracadabras posibles, el cacle cacle de la brujita (¿era Agata?) continúa embrujando el recuerdo.

Y estaba Superman y Batman y Linterna Verde y el

Hombre Elástico y Acquaman y Flash y entonces todo era posible.

Y estaba Periquita y Archie (con Torómbolo) y las Urracas Parlanchinas y el inefable Gato Félix y Gasparín y Lorenzo y Pepita y tantos otros.

Todo se mezclaba en un imaginario infantil mucho más infantil.

La empresa del recuerdo que hoy nos convoca, baisanos, nació de las historietas.

Y del sobre-stock.

Por Rivera, a la altura de España los mínimos self-made-men de la cuadra, con siete años y mínimas historias (no éramos ni historietas), vendíamos revistas usadas a quienes subían por Rivera apenas bajados de los trenes.

Sobre tablas y caballetes desplegábamos ofertas de héroes y villanos (muchas repetidos y algunos clavos, a decir verdad) a precios muy convenientes, señores.

Pasen y vean. 2 X 1. Aproveche ahora. Ultimos días.
La alegría de sus niños.

Y los transeúntes compraban, ya por piolas, ya por la indisimulada ansiedad de los empresarios.

Eran otros tiempos claro.

Muchos bajaban de los trenes porque muchos trabajaban.

En esos tiempos Tantor podía saltar y hasta volar.

De volar hoy, seguro nos defecaba encima, despreciable paquidermo.



El Hugo es de biógrafo.

El Palace no tenía el glamour del “18” pero uno tenía Pase Libre, qué embromar!.

Válido para dos personas, era inevitable que el abono para el cine incluyera –de hecho- tres o cuatro colados más.

A paso gimnástico, la barra de ocho o nueve años entraba a las matinés de los domingos para regocijarse con cuatro películas al hilo.

En cantidad (dado que en calidad no había parámetros de referencia posibles), las de cow-boys ganaban -justamente- por muerte. También se

mataban pero a tortazos Los Tres Chiflados y El Gordo y el Flaco y nos hacían morir de risa los argentinos Barbieri y los Cinco Grandes del Buen Humor además de Cantinflas, entre tantos que la memoria olvida.

La risa tenía otra profundidad con algunos personajes de Peter Ustinov y de Charles Laughton, así como era profunda la admiración por Brigitte Bardot o por aquella Sofía Loren cuyos senos apoteóticos alguna vez supimos ver (y recordar cada vez que fuese necesario, claro está).

Y, ya casi grandes, el humor tuvo su momento culminante con una película italiana que vimos en barra en el 18 de Julio: “Los Maniáticos”.

El cine entero estuvo a punto de llamar a Bonetti porque Hugo Abreu se rió sin parar durante una hora y pico. La película apenas comenzaba y ya Hugo pateaba el suelo.

La gente comenzaba a inquietarse y Hugo golpeaba el asiento de adelante.

Nos mirábamos unos a otros y Hugo hipaba y aullaba.

La pantalla mostraba el inevitable FIN y Hugo continuaba llorando de risa.

Pero no siempre el cine fue diversión y placer: hubo terror, que vino por primera vez con un filme cuyo título no recuerdo y cuyas escenas casi tampoco porque –literalmente- me tapé la cara durante casi todo su desarrollo, supongo que fingiendo que leía el programa a oscuras. Había una calesita y un niño o niña que dejaba un rastro como Pulgarcito, algo así. Todavía no olvido el jabón. Ni la calesita.

¿Recuerdan que cuando uno iba al cine en verano de pantalones claros era inevitable volver con el trasero manchado de marrón?

Bueno, así debe haber ocurrido esa vez.

Era un frío invierno.

El invierno se instaló también en nosotros, con cuchilladas de frío, cuando con Diego, ya adolescentes, vimos Psicosis.

Pero el ícono del cine de la infancia eran las matinés de los domingos en el Palace, con sus refuerzos de mortadela y alguna coca-cola pero no entre película y película sino durante la película.

Escuchen. Las botellas ruedan por el pasillo desde la última fila a la primera.

Ahora mismo, cuando todos contenemos el aliento ante la irremediable caída del muchachito al precipicio, tracatrán, tracatrán, tracatrán, una botella pasa como pedrada hacia adelante.

Los papeles crujen. Y algún provechito también.

A veces hay relajo, pero entonces la linterna del acomodador te deja en iluminada evidencia.

En la pantalla, Kirk Douglas, indiferente al tracatrán tracatrán de los envases, mira expectante a Burt Lancaster.

Laurel y Hardy contemplan a la platea con ojos asombrados.

La torta se despedaza en la cara de Moe.

Gary Cooper se apresta a fulminar a todos los bandidos.

Y Sofía Loren insinúa que en el futuro habrá algo bastante más divertido que las películas de cow-boys.

Es entonces que la luz de la linterna nos deja ciegos.



Dulce y melancólico.

Cuando hace dos años fuimos en tropel a la Noche de la Nostalgia en el viejo “23 de Marzo”, en verdad no estaba Woody Allen.

Pero sí la música y el amor -ciertas formas del amor- y la locura.

Sí estaban El Papa, El Charlie, El Bella Vista y Ringo y El Chinguito y tantos otros tocándonos el alma y nosotros siendo tocados.

Y estaba hasta el Tono.

Estaban los padres y estaban los hijos y los amigos de siempre y estaba la emoción y los recuerdos y los

“¿a qué no sabes quién soy?” cuya respuesta dificultaba la luz negra y estaba un atisbo de inocencia tardía, de boca abierta, de confuso reconocimiento, de pasado revivido treinta años después, de mundos no entendidos del todo y la canchita de Deseret y “Las Calaveras” y los picados en la calle todos los días.

No sé si estaba la música.

No me importó.

Tal vez porque estaba la infancia y la adolescencia siendo tocadas, estaba la música de los primeros amores, la del alma, y la melancolía de la lluvia (la lluvia nunca volvió a ser igual en ninguna otra parte), los partidos de Wanderers con mandarinas y maníes, el Rossana F.C. (“institución” que cambiaba de nombre cada vez que perdía y entonces siempre iba invicta).

Y estaban los grititos de estudiante cuando éramos “directivos” de ALAS (Asociación Liceal Ariel Santalucense) y estaba “Patria Nueva”, prensa adelantada y final de un pueblo que, quienes nunca habíamos estado enfermos, suponíamos que agonizaba.

Y estaban los miedos y las pocas certezas y el horizonte chiquito y el querer cambiar el mundo de alguna manera.

Y estaba Diego, envuelto en una bruma nórdica, y el Fanga y el Revancha y el Goyo y el Largui y tal vez el Viejo y el Gaucho y Raquel y Arturo y Francois y el Cacerola y el Canario y Pepe y el Nene y Hugo y Charo y Betty y Virginia y Darío y el Rancho y Cacho y Patricia y Nair y la flaca López y todos.

Todos allí, abrazados a más sonido que ruido, soplándonos una asquerosa vieja al decir de Peloduro y gritando sariuán al decir del Divino Roque, juntos en el pueblo donde se nace y se muere para siempre, tocados por la magia dulce y melancólica del pasado, volviendo a ser lo que fuimos por una noche.

Y el Tono.

Estaba hasta el Tono.



Nos ganó la cumbia.

En surcos paralelos a los Beatles y a los Rolling, los años mozos estuvieron llenos de Serrat, de Víctor Manuel, de Paco Ibáñez, de Aguaviva.

Era la música con contenido.

Viglietti, Zitarrosa, los Olima, los textos de Tejada Gómez con la voz de César Isella, eran long-plays atesorados y luego destruidos cuando las botas y el miedo.

El tocadiscos era un Philips tipo valijita que uno podía llevar adonde quisiera y cuyo hermano gemelo aun conserva Pepe Gorospe, me pregunto para qué.

Con Francois Bellón nos adentrábamos en el folklore (la dulzura de la voz infantil de Francois cantando aquello del pobre mensú sigue sonando en estéreo en esta tarde de noviembre) y era el piano de su castillo y era un bombo medio falluto y las ilusiones de escenarios con lucecitas.

La flaca López se maravillaba con Pedro y Pablo y su Marcha de la Bronca, que era todo un himno.

Los poemas de Lorca musicalizados por Paco y por Aguaviva fueron luego espectáculo con Grupo Gente en aquel “Lorca Vive” en el cual bailaban Nilda y Virginia y cantaba alto, bien alto, el Carpincho.

Los poemas de Antonio Machado por Serrat sonaban noche y día, siempre.

Siguen sonando hoy, junto a todos los demás, más vivos que nunca en mi cabeza y en mi corazón.

Sin embargo, el Club del Clan se balanceaba todo luces y chacachán en la vereda de enfrente.

Era la música (¿lo era?) sin nada adentro, la versión

rioplatense de un yeah yeah devaluado.

No decía nada, aunque lo dijera a gritos hubiera dicho Bukowski.

Sin embargo, ganó y banalizándonos, nos bananizó.

En la noche clara nos recorre la mejor poesía y sin aviso previo (así, de una) una cumbia villera nos apaga la luna.



Y ahora con ustedes,
¡los legendarios Leones Negros!.

Santa Lucía nunca tuvo zoológico, más allá de los bichos que alguno de sus acaudalados moradores de antaño hacía pastar en sus quintas, pero sin embargo, tuvo -y tiene, claro- animales.

Animales de diverso pelaje que pastan en diversos prados comiendo lo que haya.

Algunos comíamos ilusiones.

Lav, lav mi du, iu nou ai lav iu.

Es que teníamos música por todas partes.

Antes de que los Beatles nos tomaran de rehén, eran

los Teen Tops y era Brenda Lee y Trini López y The Tremeloes y los TNT y tantos.

Nacieron entonces los Leones Negros (reyes no de la sabana sino de la sábana, porque éramos sólo un sueño). Esta “banda” local estaba integrada en guitarra por el Turco Rodríguez, en batería por Diego Marichal y en bajo por este escriba.

Eran época de la Santa Paula en los bailes y el uso del uniforme era casi obligatorio, de forma que los Leones Negros tenían una vestimenta rutilante, con pantalones negros y sacos rojos de terciopelo donde brillaba una insignia con una ele y una ene armoniosamente entrelazadas.

La vestimenta estaba bocetada en prolijas cartulinas que eran consultadas y expuestas a la pública consideración sin ningún rubor.

El hecho era que así como la vestimenta sólo estaba dibujada, los músicos también.

Ubaldo -guitarrista- no sólo no tenía guitarra; tampoco sabía tocarla.

Diego -batero- no tenía batería y tocaba con dos palitos sobre la mesa del comedor de casa.

Y uno -bajo- tenía guitarra pero no sabía tocar ni la puerta.

A veces, en los ensayos, Ringo Sacco nos orientaba.

Pero nosotros seguíamos intentado hacer música con palitos.

Sou pliiiiiiiiiiiiis, lav mi du.

La guitarra eléctrica de este relator era una Norton, la primera que hubo en Santa Lucía según se dice, adquirida en la casa Pronzatti de Canelones en paternales sufridas cuotas mensuales. Pero el amorosamente añorado y cuidado instrumento siempre fue absolutamente inútil, porque el dinero nunca alcanzó para comprar el amplificador.

Hoy, aunque somos demasiados viejos para el rock and roll pero demasiado jóvenes para morir, como decía Jethro Tull, tenemos la edad justa para amplificar el recuerdo.

Y de repente para rugir un poquito, teniendo especial cuidado en que no se nos afloje la dentadura postiza.

Iu nou ai lav iu, Leones Negros.



Buro boliester.

Uno tenía seis años y entonces la abuela se murió.

La casa se llenó de gente y el turco chico durmió con su prima y le hacía buscar no sé qué cosas debajo de la cama para mirarle las piernas.

La abuela se llamaba Máxima. La prima no.

Casi cinco años atrás había fallecido el abuelo, que nos miraba a todos desde el retrato con árabes ojos soñadores sobre sus bigotes torneados, imagen romántica que balanceaba con su uniforme de Sargento de la Legión Extranjera.

La abuela también balanceaba el ensueño con la mano dura y su cercanía con su lejanía.

Tenía algo de inapresable que hacía que siempre estuviera adentro y afuera.

La abuela hacía “yoca”, añosa denominación del yogur con bichitos y todo.

Hacía música, canturreando canciones tan tristes en su idioma.

Hacía escondites con sus caramelos, inevitablemente revenidos.

Hacía sentir el rigor de la disciplina con un carácter a veces agrio, como el yogur.

Y hacía también -dulce fábrica de fantasmas- que cierta melancolía se posara para quedarse en los demás.

Algo causaba tristeza y uno -aun todavía- no sabe qué ni por qué.

Es tan así que el verbo puede conjugarse en presente: la tristeza sigue agazapadita cuando se intenta recordar,

tal vez por ese asunto de los duelos no cumplidos a cabalidad por un turquito de seis años.

El Dr. Walter Santoro me contó días pasados algo que ayuda a disolver con lucecitas un poco de esa inexplicada brumosa tristeza.

La abuela tenía -faltaba más- su propio cajón de turco y recorría los hogares santalucenses tentando a damas y caballeros con su variada oferta de beines, beinillas, beinetas y nuevas maravillas “breciosas y baratas, vecina”.

Un amigo siempre cuenta que en el Chuy una palestina le mostraba un pantalón y le decía seria y vehemente mientras él por dentro hacía cabriolas de la risa: “Llévelo, señor, es buro boliester”.

El “boliester” no existía en aquellos años de Máxima casa por casa.

Pero sí el jabón Heno de Pravia, que aun existe.

Al abrir el cajón, su aroma perfuma el recuerdo de Santoro chiquilín y hasta desaloja -viejo sahumero-

el humo del cigarrillo de este escriba, más chiquilín todavía.

Vendió de todo durante años la abuela, sobre todo a familias que bien la conocían en aquel pueblo de iguales.

Abrió el cajón, perfumó, mostró, alabó, convenció, cobró, hasta que un día, sin que la mayoría de sus clientes supiera por qué, el cajón se cerró y no hubo más turca Máxima vendiendo.

La razón se la dio mi propio padre a Santoro: “Le dije a mi madre que se acabó, que hasta acá llegó, fíjese que cada día vendía más y la cosa se complicaba, porque aunque usted no lo crea, doctor, ella no sabe sumar. Nunca supo sumar”.

Para qué sumar, viejo Adi, si la cifra final en la cuenta de la abuela, siempre era la misma: un callado misterio libanés perfumadito con Heno de Pravia.



Los nudos de un cordón.

Lobsang Rampa (¿se escribía así?) era un best-seller de nuestra adolescencia.

Tiempos de búsqueda, de asombros ante lo desconocido, de atisbar verdades reveladas.

Rampa, fíjense qué coincidencia, nos enfrentaba al desafío de elevarnos.

El cuerpo astral podía separarse del cuerpo físico, recorrer mundos enteros y luego volver a través del cordón de plata para acomodarse en su cascarón, de forma de continuar tranquilamente jugando al fútbol en la calle a la tarde siguiente.

La convicción que lograba la obra de Rampa (eran varios libros) era poderosísima, potenciada en la conciencia mágica de muchachos de catorce años.

Con Lorenzo (el Pampa, si prefieren) nos adentramos en el poderoso misterio de lo desconocido.

Una tardecita, en la añosa casa familiar de la familia Legnani, dispusimos todos los elementos imprescindibles para el viaje de separación del cuerpo físico: luz indirecta, silencio, instrucciones a la mano y patética inocencia.

Seguimos paso a paso las técnicas de Lobsang y logramos un resultado impensado: un soberbio cagazo.

Hoy el Pampa, todo un psiquiatra, sabrá con propiedad si la sugestión nos hizo sentir que nos desprendíamos de verdad, si de repente nuestro cordón no era de plata sino de plomo y minga de elevación o si en el acto de morder la marquetería carnada, también nos tragamos el verso con anzuelo, línea y plomada.

Tantas búsquedas y asombros después, hoy la rampa es más de aterrizajes que de despegues.

Y aunque uno intente seguir codeándose con los pájaros, ya no deja nunca de pisar la tierra.

Entonces, no cortemos el cordón ahora, Pampa, que el alma se nos vuela a remotos confines.



Tíreme algún cabo, sargento.

PREGUNTADO: ¿Quién inició el desorden?

CONTESTA: Supongo que nosotros, Señor Comisario.

PREGUNTADO: ¿A qué obedeció la agresión?

CONTESTA: A que nos tenían repodridos, Su Alteza. Nos ganaban siempre en los picados. Ellos son más, ¿nos entiende? y entonces siempre marchamos.

PREGUNTADO: ¿Por qué razón y quiénes formaron una barricada tras un montículo de arena en la intersección de las calles Rivera e Italia?

CONTESTA: Para atacarlos, Majestad, y la formamos los que estamos ante usted: el Cacho, Diego y yo. Dardo la formó pero la desformó rápidamente.

PREGUNTADO: ¿Cómo estaba conformado vuestro arsenal?

CONTESTA: Por piedras y bolitas de paraíso que eran las municiones de esas escopetas hechas con palos de escoba que usted acaba de decomisarnos.

PREGUNTADO: ¿Contra quién era la batalla? Porque del ejército contrario, ni la sombra.

CONTESTA: Fue como en la batalla de Quebracho: nos alzamos contra Santos, contra el poder. Y, como sucede casi siempre, perdimos con todo éxito.

PREGUNTADO: ¿Quiénes conformaban la legión rival?

CONTESTA: Derrotados sí, bocones jamás, Serenísimos Condestables. Sólo denunciaremos a los que defecionaron de nuestras filas. Sirva de dato histórico que suponíamos que las huestes enemigas estaban

conformadas por dos o tres y resulta que aparecieron como veinte cobardes ensoberbecidos.

PREGUNTADO: ¿Atribuyen ustedes la derrota a la notoria inferioridad numérica?

CONTESTA: A eso y al designio divino, Señora Autoridad y disculpe. Porque, como alguien ya ha dicho sabiamente: “vinieron los sarracenos/ y nos molieron a palos/ que Dios ayuda a los malos/ cuando son más que los buenos”

PREGUNTADO: ¿Afirman ustedes que no fue valeroso el desempeño de vuestras fuerzas?.

CONTESTA: Valeroso no. Cuando ellos se nos venían, Dardo se paró y nos dijo: “bueno, me voy a tomar la leche”.

PREGUNTADO: ¿Y por qué no huyeron ustedes tres del lugar?

CONTESTA: Es que cuando ellos se nos venían en malón, apareció Pablo Escuder como pedrada en su chata super sport.

PREGUNTADO: ¿Participó él de la escaramuza?

CONTESTA: No, Benemérito Chambelán Principal, pero cuando aparecía con la chata había que disparar porque carecía de frenos de aire y más aún de dirección hidráulica.


PREGUNTADO: Permítanme acotar que los hechos no demuestran que ustedes hayan sido derrotados. El grupo adversario se retiró y ustedes permanecieron en el campo de batalla.

CONTESTA: Perdimos la batalla moral, mi Sargento. Para nosotros, para nuestros adversarios y para los hijos de nuestros adversarios.

PREGUNTADO: Bien, señores. Dejemos esto aquí. Las armas no les serán devueltas, pero debo asegurarme que este tipo de conatos no se vuelva a repetir. ¿Qué van ustedes a hacer ahora?

CONTESTA: Irnos corriendo, Usía.

PREGUNTADO: ¿Por qué corriendo?

CONTESTA: Se nos enfría el café con leche en la casa de Dardo. 

No me jorobes con esas campanas.

Escuchamos que las campanas doblan, maestro John Donne, y no hace falta que nos digas por quién.

Vivimos haciéndole fintas a la acometida del minotauro.

Tejemos conjeturas en torno a casualidades.


Creemos que vivimos porque duramos sin entender que la noche también está en el día.

Algunos, sin embargo, con la melancolía que dan las inevitabilidades, nos suponemos capaces de reconocer los distintos tañidos y apostar al jorobado que se cuelga de las cuerdas, descreyendo de pecados

originales y charlando con acólitos que veneran la sangre de Cristo cuando no viene en tetra-brick y que se olvidan del horario en el cual deben sonar las campanas (ése que está escrito), jugando al truco y haciendo chistes muy verdes en ruedas de amigos, que dios necesariamente debe ser piola y si no se ríe no me interesa.

Por nosotros, jorobados y excomulgados, no doblarán campanas de catedrales ni iglesias, acaso alguna campanita de directora interina de escuela rural anunciando que se terminó el recreo.

Y más que justificaciones y lamentos, cuando nos enfrentemos con la Dama de Negro, trataremos de imitar a Manicera cuando en el Wembley de 1966, saludaba a la Reina de Inglaterra con aquel maravilloso:

-¿Cómo le va, doña? 

Aquí, donde me (nos) ve.

Queridos baisanos:

Permitan ustedes que desde su infinidad de singulares, hoy hable el custodio del cajón.

En una de sus canciones, Aute reivindica lo que uno mismo siempre ha reivindicado: el espejismo de intentar ser uno mismo.

Uno mismo plural, porque uno es a la vez sus padres, sus abuelos, su mujer, sus hijos, sus amigos, su pueblo, su circunstancia y ser vasto y contener muchedumbres, como cantaba Whitman no se contrapone con ser yo y mi mismísima mismidad, como enfatizaba

Unamuno. Se trata de intentar que el espejismo de Aute sea oasis cierto, dátiles y agua fresca.

Si caminamos con nuestras propias muchedumbres (jeques, camellos, odaliscas) hacia el agua del oasis, veremos reflejado en ella lo que a muchos puede aterrar: sólo un rostro, el propio (la muchedumbre sólo se refleja sutilmente)..

Es que somos muchos y a la vez uno, es que vamos con todos, es decir solos.

Si somos fieles a la cabeza y al corazón del yo que es también el nosotros, si respetamos a los demás a partir del respeto a uno mismo, si no esperamos -jamás- recompensas, ni siquiera de las odaliscas, nunca podrá sorprendernos lo que nos devuelva el espejo de agua.

Si no nos disfrazamos de engolados visires porque somos malolientes camellos y seguimos siempre los dictados de esa voz interior (¿el genio de la lámpara?) que si está entrenada siempre es sabia, la imagen del lago siempre será la nuestra (aun arrugada, sedienta, hastiada) y estará bien.


Aunque esto tenga un bobón tufillo a new-age, no hay otro misterio.

Algunos -pocos, eso sí- tratamos día a día de conjugar la fidelidad a uno mismo con una condición -que no se ha propuesto pero que se ha asumido con lo que implica de huida- de gente outsider, inapresable, de tipos sin secta ni partido, no integrados a caravana alguna ni por desiertos ni por praderas.

Pero, ¿esa condición es causa o es consecuencia de no colocarse las máscaras apropiadas a cada circunstancia y de tener bien claro que, en definitiva, aunque estemos rodeados, en las que duelen (yo, nosotros, todos) estamos más solos que el uno, mirándonos a nosotros mismos y a nuestras íntimas muchedumbres en el espejo de cada oasis?.

Es posible que se trate de un mecanismo de defensa para sufrir menos.

Nada pierde quien nada espera, nos grita Bukowski muy mamado.

Me parece que tiene razón. 

Llueve finito.

Les sanglots longs des violons de l'automne, cantaba
Verlaine tomándose un ajeno.

También los pájaros cantan, las nubes se levantan y
uno va a la Escuela 104 y Chocha nos guía y Alicia
nos enamora y los amigos son los mismos desde
entonces.

Todos, ahora al escribir, somos iluminados
por la luz de la infancia, que es amarilla y
móvil

y cuelga en cada esquina bajo su sombrero esmaltado
y a expensas de los caprichos del viento.

La municipal luna eléctrica de aquellos tiempos pre-mercurio eran las lamparitas de las boca-calles, que hacían bailar fantasmas e irremediablemente era otoño y las hojas de los plátanos también bailaban y todo era un poco triste, o tal vez yo lo fuera.

Había boliches cálidos donde conversaban, jugaban y chupaban los mayores y la ñata de los niños, contra el vidrio. Pero estábamos adentro de los boliches, mirando hacia afuera, hacia los mundos mágicos que nacían en las sombras creadas por el viento y las lámparas.

¿Por qué asocio los boliches con el otoño? El olor es a aserrín mojado y a café, las maderas son oscuras y seguramente fragantes, la luz es amarillenta (la misma que en las calles) y hay una envolvente melancolía que tal vez sea nada más que el revivirme de la mano de mi viejo yendo a verlo jugar al casín en el café y bar de Hardoy, frente a la Despensa de Gorospe o conversar con su barra en lo de Mathon o jugar al gofo al lado del cine Palace, en la trastienda del bar de López (el gofo estaba prohibido, pero el delito ya prescribió, Su Señoría).

Más abajo en la calle y más arriba en el tiempo, el bar "Ancapp", así con dos pe, del turco grande, Pi y su bonhomía y Seni, desde donde se planificaban la guerra de guerrillas contra la barra del Pampa, del Tono, de Darío, de Palito Labiano.

Mucho más tarde, en la adolescencia, el Rossana con todas sus historias de fútbol y amigos y despertares.

Allí jugó el Peñarol del 66; allí Amadeo la paró con el pecho y entonces el Pardo y el Tito y Spencer se calentaron y aguante Peñarol y el gallinero que tuvo gallo uruguayo y mi viejo que saltó treinta centímetros cuando el empate, cincuenta cuando el tercero y que - aunque nunca fue capaz de correr ni un rumor- batió marcas olímpicas cuando el cuarto saliendo a la calle a los gritos junto a todos nosotros.

Los años nos vuelven fatalmente melancólicos.

Será por eso que la voz de Solé se mezcla con el aserrín mojado y con el otoño y con las cálidas luces y con los saltos de papá mientras desde una radio a lámparas un tango se pregunta, pura angustia:

“Tras de qué sueños volaron, en qué estrellas estarán,
las voces que ayer pasaron y callaron, dónde están,
por qué calles volverán?”

Tal vez vuelvan, despacito, por la misma calle Rivera,
a saltitos en cada esquina de luz amarillenta, sombras
recortadas de alma entera.

Al recordar, llueve finito.

Sin embargo el día es claro y soleado en todo el
territorio nacional.



III

Retrato de casa con porche.

Una reforma la ha dejado “dolorosamente incomprensible”, diría el imponente Felisberto Hernández.

La casa de Colombes 68 no es lo que era. Bueno, uno tampoco.

En el mínimo territorio del porche, regido por un “Villa Magda” y delimitado por dos columnas, se hicieron los deberes escolares, se estudiaron lecciones de Filosofía, se planificaron acciones deportivas, se escuchó y se ensayó música, se leyeron libretos, se miró pasar a vecinas y vecinos (bueno, más a vecinas), se supuso que el mañana podía construirse a nuestro antojo.

El portoncito de entrada chirriaba y uno se acercaba a la puerta de vidrio para ver -rogando que siempre fuera así- la tenue luz del televisor al fondo de la casa, los pies del viejo sobre una silla y la figura de la vieja dando vueltas por todos lados.

En Colombes 68 palpité Grupo Gente, Inquietudes, Patria Nueva, un gato que se llamaba González, el Rossana, Rocamaroud, el Centro Estudiantil Ariel, la Libroteca, Interact, los relatos de aventuras con Cacho González, Lolita de Nabokov, las emisiones clandestinas de radio con Efrén Alonso, dos perros (Piquín y Kim), el Lord Pipes del Gordo Ron, la colección casi completa de “Lunes”, la Academia para Preparación de Exámenes con el Viejo Pérez, el Club de las Cinco y Beatlemania, la timidez y los juegos y los sueños y los descubrimientos.

Gorospe y Juancito cortaban el pelo en la esquina, Walter Márquez sacaba muelas unas casas más allá, Bellón vendía libros y revistas señalados con su inconfundible sello, Gallego ofrecía muebles en la vereda

de enfrente, el castillo de Francois comenzaba a erigirse, Almozara a veces saludaba.

En la vereda, bajo un árbol de flores rojas que ya no está, nos sentábamos a conversar al fresco de la tardecita.

Allí nomás, bajo las flores rojas, cayó el viejo para siempre.

Allí nomás, bajo las flores rojas, charlábamos y charlábamos con una petisa pura dulzura que estaba de vacaciones en lo de Abadie.

Todo aquello ya no está.

Sin embargo, la petisa pura dulzura sigue igual bajo árboles de flores rojas.

Y eso alcanza.



Dejáte en paz ese pito, Carlitos.

El título es un graffiti, que supongo aun existe, en una pared de Las Piedras frente a una empresa de pompas fúnebres.

Debería ser el rótulo de la adolescencia de todos.

Tiempos de memorias de cierta princesa rusa en cuyos palacios uno era inevitablemente el paje; de revistitas manoseadas que nos sorprendían; de escapadas en tren al cine Hindú y más decepción que deslumbramiento ante el amor mecánico en blanco y negro; de noches prostibularias y de una diosa rubia que bajaba del Olimpo a cada rato y que frecuentábamos con Quique, solicitando préstamos a

los bancos paternos; de fantasías con las profesoras que además de su materia enseñaban sus piernas.

Tiempos de mitos, fábulas, leyendas y totemismos (en el más elevado sentido del término).

Hoy, cuando por Internet las imágenes y hasta las voces pueden acariciarte, cuando podés chatear con la misma princesa rusa, aquellos Carlitos de antes preferimos humedecer despacito la estampilla y enviar mensajes acariciando pieles nada virtuales, amorosamente, como debe ser.

Insista sobre esa zona, señorita, diría Luisito en los burdeles.



Santa Lucía: de ustedes de pies a cabeza.

A veces uno piensa que nació en una ciudad que se saltó el valor.

Javier de Viana decía que el valor está en un órgano que no se sabe bien cómo se llama, que está entre el corazón y el tongorí.

En más de doscientos años no hemos aprendido a cultivar en colectivo ese valor.

Una lógica en clave de humor nos regala una explicación sorprendente: Santa Lucía ha vivido demasiados años en base a las fábricas de calzado y a la Colonia Etchepare.

Es decir, a pies y a cabeza.

Con ellas alimentamos en otro tiempo el tongorí y a veces el corazón, pero siempre quedó un vacío en medio.

No está mal, claro, porque pies es marcha y cabeza es pensamiento.

Pero marchar hacia un objetivo bien pensado no exime de dotar de valor al paso.

Y digo valor en el sentido de fuerza, de empuje, de coraje, de convicción en el paso conjunto, todos calzados en los mismos zapatos.

Tal vez por eso siempre nos hemos caído de todos los planes de desarrollo: pocas veces hemos recibido alguna migaja de las Intendencias de turno.

Nunca fuimos un cuerpo orgánico sino luces en una jaula, cada una alumbrando para lugares distintos y todas disolviéndose en la nada.

Sólo tomando conciencia de nuestra propia identidad y rescatándola, difundiéndola y

defendiéndola, pero juntos, podremos lograr elevar el pago a lo que todos queremos que sea.

Hay que trabajar, desmontarse del caballo y agarrar la azada para dejar de tener una ciudad con quintas de cuarta y un río del cual muchos se ríen.

Trabajamos hoy por retomar aquella “Santa Lucía Romántica” (proyecto que conjuga intereses privados y colectivos) pero acaso algunos sólo seamos eso: románticos.

Confía este baisano en los jóvenes, en su entusiasmo, en su irrespeto, en su energía.

Ellos podrán, si tienen objetivos claros y lo hacen en común, sin picas en Flandes, lograr lo que los más veteranos sólo soñamos e intentamos conseguir a pasitos cortos y a veces inseguros.

Rompan moldes.

Pero comiencen por llenarlos,
como decía Rafael Barret.

Se puede, seguro que se puede.

Hay un futuro esperando.

Y tiene que ser mejor que este presente que ése sí
parece no tener pies ni cabeza.

Júntense y proyecten un Santa Lucía mejor.

No se salteen la energía que da el valor.

Y no permitan que nadie les sulfate
la pila, muchachos.



Lo'libro carecen de diente, carecen.

Impulsado por el entusiasmo y el compromiso semanal, uno se obliga a recordar y se encuentra entonces con vivencias que estaban sepultadas en algún rinconcito del cajón de turco, esperando que se les tienda una mano y, cerrando los ojos de puro deslumbradas, sacadas a la superficie.

Corriendo pegajosos elásticos de añosas carpetas, las vivencias de este recuerdo son amarillentos ejemplares de “prensa estudiantil”.

Cuando éramos liceales a uno le había picado fuerte el bichito de algo que con muy buena voluntad podría calificarse de periodismo.

En tercer año editamos “Adelante”, que nació y murió en su primer paso, como tantos sueños de esta vida.

“Adelante” se fusionó con un intento de otro grupo (“Democracia”, andá llevando) y allí surgió “Voz Juvenil” que cumplió siete números hasta que dejamos el Liceo (pero no el “periodismo”, lo que ya contaremos).

Voz Juvenil tuvo un “staff” variable: en su número uno los “Directores” eran este escriba y Julio Luchinetti, su Redactor Responsable Eduardo Rabaquino, su “Secretario” Quique García y su Tesorero Efrén Alonso. Siete números después, la Dirección ya era sólo de este turco (Julio habría comprendido lo absurdo del emprendimiento), el Redactor Responsable Eduardo Rabaquino y el “Administrador” el Gaucho Ciliutti (otro Julio). Quique debe haber sido destituido por inacción o subversión, vaya uno a saber..

El “rival” de Voz Juvenil era un órgano (con perdón) editado con el apoyo de la Iglesia (de nuevo con

perdón), bien impreso, mejor diagramado y de cuyo nombre -la memoria es selectiva, no hay duda- no tengo la menor idea.

Hugo tenía algo que ver con eso y durante un tiempo uno lo miraba de costado, porque Voz Juvenil, queridos lectores, era laico por autonomasia, independiente hasta los tuétanos y auto-financiado.

Claro que en realidad no era sólo todo eso. Además era espantoso.

Sus notas carecían de la mínima profundidad y excepto algún artículo “garroneado” a alguna profesora, el resto eran bromas, chistes y guarangadas. Tenía dibujos “levantados” de diversas revistas que uno mismo calcaba pacientemente mal en débiles matrices con una birome sin tinta.

El resultado de ese humor, que hoy repaso enternecido, dan ganas de llorar.

Pero el hecho más relevante de esa etapa de vida en la “prensa”, fue el editorial del único número de “Adelante”.

Uno estaba orgulloso de haberlo escrito y entonces no entendió demasiado cuando el Director del Liceo manifestó su asombro y seguramente desagrado por el “tono” de la nota.

En ella, uno decía que “Adelante” iba a ser una voz para todo el antro liceal.

El editorialista estaba seguro que “antro” era templo, augusto edificio, lugar sagrado.

Pero no era.

Tenía razón la burla de don Francisco de Quevedo y Villegas:

“Si de tanto estudio éste es
el fruto / Ay, ay, señor, qué bruto!



La línea de cuatro: Sherlock Holmes, Sam Spade, Lew Archer, Philip Marlowe.

Y de enganche: Lord Pipes.

El periódico que fundamos en Preparatorios (el viejo Tomás Berreta de Canelones) se llamaba “Inquietudes”, pero no era demasiado inquieto.

Integramos allí a un montón de canarios que nunca hicieron nada (excepción hecha de Ciriaco Gómez, profundo, reflexivo), a Blanquita de Sauce, que hizo y mucho y a los santalucenses Juan Carlos Ualde en Diagramación (?), José Alvarez de Ron como Jefe de Pruebas (?) y luego Jefe de Redacción, Ricardo Sacco en comentarios musicales y Carlos Seijas en Deportes.

Es curioso: repartíamos cargos para que el proyecto pareciera más importante pero, como siempre sucede, nos rompíamos el alma sólo dos o tres y el proyecto seguía sin ser importante.

Estas “Inquietudes” duraron los tres años que anduvimos por allí.

Pero esta nota no intenta recordar esos precoces estertores de prensa estudiantil, que se unen al Adelante y al Voz Juvenil del Liceo y al posterior Patria Nueva.

Lo que intenta es recordar con ustedes a un protagonista de esas épocas: Enrique Alvarez de Ron, es decir el Gordo Ron.

Enrique había inventado un personaje absolutamente delicioso: Lord Pipes. Creo conservar más de uno de esos relatos -que él iniciaba y yo completaba- con situaciones absolutamente delirantes que hacían llorar de risa a más de uno (bueno, a dos).

Los relatos de Lord Pipes siempre comenzaban con una pregunta tonta que le hacía su ayudante (creo

que era Sam) y que Pipes contestaba malhumorado. Por ejemplo, si Lord Dimitri Pipes llegaba a su despacho del Scotland Yard empapado de pies a cabeza y su ayudante le preguntaba: “¿Llueve, señor?, el Lord, muy caliente, respondía: “No, estoy transpirando”.

Las “casos” de Lord Pipes no ocuparon, por extensos, las páginas de humor de “Inquietudes” que firmaban Yepo (Enrique) y Duck (yo).

Pero en su número 12, de octubre de 1967, bajo el título “Lord Pipes en apuros”, se escribía la única “aparición pública” del personaje:

“Lord Dimitri Pipes -del Scotland Yard-, con su frente perlada de sudor, terminó el conteo y giró sobre sus talones. Al instante le pareció ver una sombra, entre la niebla de Londres y el sonido del Big Ben martillándole los oídos. ¿Era?. ¿No era? La duda se acrecentaba. Pero tenía que decidirse.

Al fin, temblando por la emoción, pudo hilvanar la frase:

-¡Pica el Tono!”

En otro espacio (“Objetos perdidos”) decíamos:

“Se encuentran en nuestra Redacción a disposición de quien justifique ser su dueño: un libro de Hadrill o algo así sobre las invasiones bárbaras; cuatro ladrillos chinos; un carnet de estudiante sin ningún aprobado a nombre de un tal V.S.; dos señoras que dicen llamarse Bertolda y Casimira respectivamente y un señor que no dice nada y que parece haber fallecido hace unos cuantos meses”

El olorcito plagario a revista Lunes era palpable, pero la sinusitis de una profesora -de Filosofía, baisanos, de Filosofía- hizo que nos llamara y nos dijera, seria y sentenciosa, que no podíamos ocupar espacios con “unas cosas que no entiende nadie y que cuando se entienden son desagradables”.

Nos reimos tres meses del chiste.

Un brindis por los viejos tiempos, Fanga.

Y por tu talento.

Lord Dimitri Pipes, hoy retirado, se quita en señal de respeto su sombrero hongo y desde la niebla londinense, brinda con nosotros, grapa con limón en alto.



De patrias nuevas y viejas utopías.

Los cinco ejemplares amarillentos me miran, muertos de risa.

Patria Nueva. Año I Número 1. Periódico Quincenal. Quince de noviembre de 1969. Precio del ejemplar: \$20.00. Directores: un servidor y Efrén Alonso. Redactor Responsable: Daniel Pérez. Administrador: Diego Marichal. Redactores permanentes: Prof. Olga Alcalde, Nilda (Santos) Antivero, Sonia Benia, Teresa Bentancour, Elbia Latorre, Juan Carlos Ualde, W. Páez Seré, Darío Pedrazzi, Emilio Almozara, Hugo Abreu, Wilton Hernández, Francisco Alonso, Rómulo Ferré, Amado Casaballe, Sergio Silva.

Cinco números después (4 de abril de 1970, fecha póstuma), el Administrador era Nilda (todo queda en familia) y los diezmadados redactores Olga Alcalde, Amado Casaballe, Sergio Silva, Juan A. Dárdano, Emilio Almozara y Juan Carlos Ualde.

Patria Nueva era la pasión más profunda de este baisano.

Lo escribíamos (mal, claro), lo imprimíamos donde se podía (Talleres Don Bosco, La Voz del Sur, Los Principios de San José) y lo repartíamos nosotros mismos como editores-canillitas.

Caminamos y caminamos, pero la propuesta no.

Las razones están a la vista y pueden leerse.

Editorial del número uno: "(...) Hemos resuelto dejar de lado los arcaicos partidarios -blancos y colorados, colorados y blancos-(...) Si alguien pretende encasillarnos, empero, debe hacerlo dentro del izquierdismo. Y debe hacerlo dentro de los que desean un cambio".

Colgado del número dos: “Que 1970 ilumine nuevos caminos hacia soluciones claras y permita olvidar la negra vergüenza de 1969”.

Editorial del número cuatro: “(...) La estructura nacional, entonces, es la gran culpable. Y en otro plano, los hombres que contribuyen a su mantenimiento. Los mismos que deben dejar de actuar en la vida nacional, por mandato popular. Esos llamados elefantes blancos que ya no son leyenda sino simples elefantes grises.”

Nota de tapa del número cinco y último, bajo el título “Son comunistas”: “(...) Aplican el “terrible” término a todo aquél que trata de hacer comprender que el voto es la solución -sin ley de lemas, por supuesto- para la salvación nacional. Que el voto consciente -y aquí está la madeja- y sin ataduras medioevales es la base (...)”.

Del mismo número bajo el título “La Comisión Permanente y las Medidas Prontas de Seguridad”: (...) El texto constitucional es claro. El desacato del Poder Ejecutivo ante la Comisión Permanente, evidente (...)”.

Editorial del mismo número con el título “El pie sobre la Enseñanza”: “(...) No pueden pretender nuestros gobernantes un estudiantado sumiso al poder represivo y retrógrado que nos invade (...)”.

Eramos muchachos de veinte años, recién ingresados a Facultad, plenos de sueños y rebeldías y seguros de cambiar el mundo a partir de las propias palabras.

Pero delirábamos.

La “lira” era el surco en la Antigua Roma. Cuando un campesino se salía del surco le gritaban “¡de lira!” es decir, te sales del surco.

El surco era el que habían trazado nuestros mayores y entonces era imperdonable delirar.

Por eso hoy aquella Patria Nueva sólo está en estos cinco ejemplares amarillentos que me miran, muertos de risa.



La guerra de las falacias.

Próximamente en todos los cines.

El cajón no puede ser hoy refugio para revolver el pasado y extraer de él recuerdos ni papeles.

Sería inmoral, baisanos.

Alguna vez uno ha leído que de los últimos 3.500 años de historia conocida, sólo 268 han estado exentos de guerra.

También le han dicho que entre 1824 y 1994 Estados Unidos protagonizó (siempre es protagonista, como en el biógrafo) 73 invasiones.

Puede ser.

Pero aunque debería estar acostumbrado, el cajón tiembla con cada misil y se recalienta con cada niño y cada mujer que se deshacen en pedazos sólo porque son culpables de estar ahí, sin siquiera pedirlo, quererlo o saberlo.

Y quiere escupirle la cara a los imbéciles de todos los bandos con moral de teleteatro que dividen el mundo en cuadraditos blancos y negros, esos tipos de pensamiento unidireccional que siempre aplauden al poderoso (y a veces siempre aplauden al débil), tipos que como solo tienen un martillo ven clavos por todas partes.

Como me alcanzaron las esquirolas del presente, les pido perdón, baisanos, por no tener ganas de reescribir junto a ustedes pedacitos del pasado.

Sé, claro, que deberíamos tratar no de sufrir o de llorar sino de comprender.

Pero, ¿comprenden ustedes?.

No hablo de prepotencias ni de fundamentalismos.

Hablo de la conciencia crítica que uno, junto a ustedes, trata de ejercer para que no le vendan espejitos de colores de enceguedor brillo según nos dicen, aunque sean opacos como la pena.

Quiero decir, para que no nos mientan antes de matarnos.

Porque quienes mueren en toda guerra somos siempre nosotros, que es lo mismo que decir ellos, la gente como usted, el vendedor de seguros, el fabricante de posavasos, el almacenero, el jubilado del Banco República. Ellos (nosotros) viven hoy mismo en Irak, en Estados Unidos, en Santa Lucía.

Eugenio D'Ors, aquel genial catalán, decía que cualquier guerra entre humanos es una guerra civil.

Y es verdad.

Perdimos otra vez, cantan Les Luthiers.

Nos ganan los lestrigones -gigantes caníbales- y los cíclopes

-enormes y con un ojo solo- contra quienes Ulises luchaba en la Odisea.

Y nos ganarán siempre, porque la mayoría de nosotros sólo somos pequeñísimos Davides (que hoy son Goliat diría Saramago, pero esa es otra cuestión) que apenas tienen una honda, un montón de bolitas de paraíso y una indignación que no jode a nadie.

Ojalá que algún día la guerra, queridos baisanos, descanse para siempre en paz.

Y que sólo podamos vivirla, con mentiras y todo, desde la butaca de un renacido Cine “18 de Julio”, como le gustaría a Alfredo Valdez, regocijándonos cuando el muchachito norteamericano liquida de un balazo al maldito y perverso alemán hijo de su madre.

24/3/03.



Asomáte, Cholo, así nos ve la Lula.

Esta nota fue escrita en ocasión de aquel patético hecho que tuvo como protagonista a Maradona en Punta del Este y que hoy compruebo que se relaciona con el cine 18 de Julio. Sorpresas te da la vida, canta Blades. Y bueno, es de cajón.

Maradona se la daba y Crónica TV aullaba la primicia.

Maradona se moría y Crónica TV anticipaba las medidas del cajón (que no era de turco, claro).

Son reglas del juego, periodismo verdad, respuesta a las apetencias del gran público, guerra de ratings.

Punta del Este fue el inocente escenario de actores de cuarta.

Muchos porteños cuya única ideología es ir de compras, traicionan sin saberlo el espíritu argentino.

Detrás del reportero de Crónica, que anuncia novedades delante del Sanatorio Canzani, pasan y se quedan y se miran y se llaman y se perfilan y se acicalan, veteranos de pelo pegadito y veteranas pasadas de sol y de sucedáneos del agua oxigenada, todas iguales con tetas y culos de plástico clase C, según el modelo standard de catálogos tan viejos como ellas.

El, con gestos, la llama a ella para que mire la cámara. Y ella viene y mira. Y allí se quedan ambos, desafiando al ojo de la multitud, testigos ahora de que ellos estaban allí, que de verdad fueron a Punta del Este y compartieron momentos cumbre de la historia contemporánea. Tensos, transpirando como testigos falsos, buscándose el mejor perfil, esbozando una sonrisa con dientes también de plástico, lastimosos, viejos tan chiquitos.

Hace muchos años, uno veía en el cine de su pueblo una de las películas que integraba la serie “Mondo Cane”. En ella, sin sonido alguno según la caprichosa memoria, una cámara

-quieta, imperturbable- registraba a quienes lenta y temerosamente al principio, desfilaban ante ella en un lastimoso casting cuyo juez iba a ser el público de los cines del mundo entero.

Mi voto a mano alzada fue para un personaje de notoria estulticia, peinado a lo Elvis, que ensayaba diversas poses, caminando lentamente y de pronto mirando la cámara pero sin jamás sostener la mirada, abrumado por la significación del juicio final a su prueba de pasarela.

Recordé aquel “Mondo Cane” cuando vi la nota de Crónica cuyo fondo eran esos estereotipados señores mayores sólo en edad.

Maradona seguía en el CTI.

Los señores estaban muertos hacía mucho tiempo.



Manéjese con precaución.

Cuando uno abre el cajón, nunca sabe qué va a saltarle a la cara.

Conozco quien ha encontrado gatos de angora agazapados, niños gritando un aullido monocorde y *demasiado* persistente, tropeles de sonrientes arañas, manos temblorosas acariciando cadáveres *tan* familiares.

El peligro de abrir sin precaución el cajón, que es como zambullirse de golpe en el hueco de la “o” del yo, además de la perturbadora posibilidad de maullar en la iglesia, reside en la desesperación de no poder subir nunca más.

Cajón de turco es lo que tiene.

Volvió una noche.

Hoy es primero de setiembre y el Hotel Biltmore cumple ciento treinta años. Al abrir el cajón, un soplo helado levanta por los aires un papel garabateado. Dice ésto:

Después de los raviolos y el champán me mandé a bodega como un litro de Agua Salus (algunos de los comensales locales le llamaron Acquasana, vaya uno a saber por qué) y me acosté pensando que iba a ser clara la aurora porque ya me había tomado lo alegre del manantial pero minga de claridad, hermano.

Me sentí raro y entonces busqué un espejo y me quise mirar.

Me asustó lo que vi, compadre.

Le grité a la sombra pero qué hacé, me afanaste hasta el color y estuve a punto de llamar a los muchachos que dormían en la habitación de al lado para decirles que si los catcha los da vuelta, no les da tiempo a rajar.

Estaría dormido, no sé, pero sentí -ahora, no antes, no sé cómo explicártelo- que la odian mis ojos porque la miraron o de repente estaba despierto, porque recién había colgado el sombrero en el perchero y de golpe en caravana los recuerdos pasan y puede ser que no sea recuerdo sino aparición, fantasma, cosa oscura y roja sin cara que flota y me habla y me grita aunque a veces susurra con una estela dulce de emoción que alivia por un cachito el viento de locura que atraviesa mi merte (merte de mercial, de cabeza, vos me erterdés) y cuando pensaba que me dormía manso porque algo o alguien (¿plumas de paloma?) acaricia mi ensueño, entonces vuelve lo rojo y lo negro, aunque uno cerró fuerte los ojos y apretó fuerte los labios y de golpe

encendió las luces y me parece que son las mismas que como las de jólivu alumbraron con sus pálidos reflejos otros días, no esta misma noche, hace un rato, cuando le canté a los muchachos del Club Nacional de Fútbol “Palomita Blanca”, el vals que José Nasazi me pidió a gritos parando el partido de truco.

Pero la sombra tiene el dos de la muestra y me busca y me nombra y quiere chamuyarme algo sin que yo entienda qué, calcinada y colorada maldita sombra, jodida la sombra, te digo la verdad, dejando sólo brillar lo que parece la sonrisa de la mejor foto de Silva pero sin cara, ¿me entendés?.

No sé si tengo el gacho puesto o está en la percha pero cuando me miré en el espejo estoy seguro que era una sombra lo mismo que yo y tenía como una sonrisa bajo el ala del sombrero, lo que significa que yo tenía el sombrero puesto, ya ves que todo se va aclarando, aunque la sombra en la sombra siga siendo rojo-oscura, fulera, fané, no sé cómo explicártelo.

Quisiera entender qué pasó después de colgar el sombrero, aunque, esperá. Alguien desde afuera me dice que errante en la sombra me busca y me nombra, pero el asunto no cuaja porque no escucho los ruidos de la noche, así que no me nombra nada. Ni los ronquidos del Panza escucho, entonces ¿todo es grupo todo es falso o qué?

Sin embargo ahora cacho una voz finita en el piso de arriba: sí, señor presidente y junto un tipo lleno de galones y con un plumero que le sale de debajo de la nariz (*) y tengo miedo de aquel espectro, no es para menos, digo yo.

Vos dirás que es sólo un fantasma del viejo pasado pero no, porque ahí está el asunto, no sé si fue pasado, es presente o será de repente futuro, quién te dice. No se trata del dolor de ya no ser, se trata de no saber ni siquiera si soy. O si fui, aunque uno mismo no puede ser pasado cuando hace un rato dejó el sombrero en la percha.

Ahora, compadre, todo está callado, menos la sombra en la sombra.

Pensar que cuando llegué, amigazo, la cruz del sur fue como un sino, pucha digo.

Bajo el burlón temblar de las estrellas me sentí medio poeta y con ganas de escribirme algo como si fuera esa señora Luisi o ese señor Vasseur de los que me contó don José que andan por estos pagos, aunque después uno tuviera que pedirle al Bolita que corrigiera las faltas. Ahora, ¿por qué era burlón el temblor de las estrellas?. Guardo escondida la esperanza humilde de saberlo.

Lo que sí estoy seguro de saber es dónde estoy: en el Hotel Biltmore de Santa Lucía.

Me invitaron a cantar y canté. Me invitaron a morfar y morfé. Me invitaron a quedarme y me quedé, no sé para qué, mirá.

Don José, el señor menudito y macanudo que te decía, me mostró las salas, las habitaciones, los

mármoles, las piedras de Hamburgo, la glorieta con glisinas, la pieza treinta y dos preparada para mí, la pila de racimos de uva del gran parral del patio y hasta me dijo que Sarmiento había dicho no sé qué cosas de las uvas y que Rodó de repente chapó una copa del hotel para escribir una para-bolas o algo así. Este es un lugar posta, hermano, muy romántico, muy abacanado.

Pero la sombra en el espejo sobrevuela la pieza - pero no con sereno vuelo, no sé si me explico- y grita porque se quema, enrojecida.

No escucho gritos afuera. Son como de adentro de la sombra, ¿sabés?

Me pregunto si estamos en 1933. Deberíamos.

También debería estar soñando al dormirme luego de cantarle a los jugadores en el Hotel Biltmore de Santa Lucía. Pero no escucho ronquidos ni grillos.

No escucho ni el silencio, hermano.

No me mires así. Vos también ves que un tipo con


un perro abre la puerta y mira la pieza. No me ve. Pero, de golpe, un rayo misterioso hace nido en su pelo (en el del perro) y comprende mi pena inaudita (el perro la comprende, ¿entendés?).

El me ve. Recién entonces yo también comprendo.

El bicho vuelve a mirarme, le ladra sin ganas a la sombra -no a mí- y se va en silencio sin un reproche.

Se llama Redman (**), ¿te das cuenta?.

Es peludo, blanco y piola y todas las noches me visita en esta habitación treinta y dos.

Le gusta el tango al loco. 

() Referencia a Máximo Santos, que ejerció la Presidencia de la República desde las instalaciones del Hotel (N. del E.)*

*(**) Redman es la actual mascota de Eduardo Monzeglio (N. del A.)*

El Mono proteico.

Abro el cajón y encuentro una cajita de palabras. Les propongo escucharlas juntos. Es gratis.

-¿Lo conozco de algún lado?

-No sé, la verdad que no me doy cuenta.

-¿Puedo estar soñándolo?

-Disculpe, pero no entiendo.

-Yo sueño mejor despierto, caballero.

-Bueno, no sé, pero no alcanzo a comprender lo que me quiere decir. Conocernos no nos conocemos.

-Sin embargo yo lo he leído.

-Ah, caramba. Eso me halaga.

-Como decía mi amigo Vaz, a usted le amaga el genio, señor.

-Bueno, le agradezco el cumplido. Además, debo confesarle que me resulta usted simpático. Pero, acérquese aquí a la estufa. Siéntese. Lo veo en camisa, ¿no tiene usted frío?

-Frío tengo, lo que no tengo es saco.

-Me hace usted reír de buena gana. Pero, cuénteme. ¿Es usted de este pueblo? ¿Está usted hospedado en este hotel?

-Hospedado no. A veces me doy una vuelta porque me aburro un poco, ¿sabe? Pero el aburrimiento me trajo algo bueno: gracias a él comencé a leer después de dejar este mundo, bueno, aquel mundo.

-¿Quiere usted decir que lo hizo después que entró en el magnífico mundo de la lectura y por ende, del

pensamiento? Es usted un hermoso ejemplo de la educación de indefinida persistencia que definiendo y del constante cambio que promulgo.

-No es tan sencillo de explicar, doctor.

-Pero usted es de aquí, ¿no?

-Fui de aquí, sí. Pero no viví esta maravilla de mármoles, flores y monóculos. Mírese usted, por ejemplo. Está vestido como para un retrato. Y sus bigotes me gustan, doctor, tipo manubrio.

-Más que la apariencia, mi amigo, debe importarnos la mirada vigilante de la inteligencia y el activo concurso de la voluntad, como usted habrá leído en mis Motivos de Proteo.

-¡Cómo me gusta cuando usted miraba jugar a un niño!. Me gusta creer que el niño era usted mismo, doctor. Y que el lugar era la casa quinta de sus padres, aquí, en la calle Rivera. ¿Sabe por qué me gusta esa parábola?. Se llama así, ¿no? Me gusta por todas las cosas que hay ahí: la arena, la música, la flor, la

creatividad y la copa. Sobre todo la copa, honorable Señoría.

-Le entiendo. Sírvase, por favor, hágame el obsequio.

-Mercí.

-Esa parábola de la copa en verdad nos conduce a que sólo porque nos reconocemos capaces de limitar la acción que sobre nuestra personalidad y nuestra vida tiene la fatalidad, hay razón para que nos consideremos criaturas más nobles que el buey que empleamos en labrar el surco, el caballo cuyo lomo oprimimos y el perro que lame nuestros pies.

-Hablando de perros, Maestro, aquí está Redman. Es el perro del hotel.

-Lindo bichito, simpático. Deje que me ponga las gafas; no alcanzo a verlo bien.

-Deje, doctor. Nunca podremos verlo bien, pero no importa. ¿Usted decía que lo que nos distingue de Redman es nuestra capacidad de combatir la fatalidad?

-Exacto, señor.

-Pero, ¿la fatalidad no nos gana siempre, doctor?

-No importa. Se trata de saber que podemos y debemos combatirla. Se trata de buscarse, de conocerse constantemente. Usted lo ha hecho y por lo visto lo sigue haciendo. Usted quiere saber, ser mejor. Reformarse es vivir, apreciado amigo. Por ejemplo, ¿nunca le ha pesado sentirse distinto de sí mismo? ¿Nunca ha hallado en usted cosas que no esperaba ni dejado de hallar aquellas que tenía por más firmes y seguras? Ese es el cambio creador, el cambio imprescindible, no el cambio de la fatalidad.

-Yo me busco constantemente, doctor. Golpeo en mi interior pero no siempre contesto. Debo haber salido. Y me doy cuenta que soy distinto de mí mismo. Todos los días encuentro cosas que no conocía y sigo buscando, pero sin encontrar demasiado según creo.

-La búsqueda de por sí ya encierra un estadio superior del espíritu. Acepte otra copa, señor... ¿Cómo es su nombre?.

-La acepto con el mayor de los gustos. Pero llámeme Mono nada más. Siempre me conocieron así.

-¿Por qué “Mono”?

-No sé, porque hacía monerías, supongo. Nunca fui tomado en serio y tampoco me lo propuse, a decir verdad.

-Disculpe, señor Mono, pero usted habla siempre en pasado. ¿Puedo preguntarle por qué?

-Créalo o no, señor José Enrique, yo estoy muerto. No se me intranquilece. Soy un muerto inofensivo. Un fantasma, dirá usted. Pero no, ni siquiera eso, porque los fantasmas vienen del pasado y yo vengo del futuro. Mi época es mucho más embromada que ésta, le voy a decir.

-¿Qué me va a decir?

-No, nada. Ya se lo dije.

-No siempre lo entiendo, caballero.

-Ni falta que hace. No podemos entender todo. Yo, por ejemplo, no entiendo casi nada.

-¿Usted me habla de su época? Seguramente en su época, si logro entender de dónde viene usted, habrá superado el materialismo de estos años, impuesto por el Calibán utilitario de Estados Unidos y al que combato con todas mis fuerzas. Renuncio a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme que menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescindiera de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. Un boceto que vive para la realidad inmediata del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. Ese país grande sólo en tamaño es causa de la patética decadencia de nuestros tiempos.

-Bueno, yo también despreciaba a la Pocha por decadente. Tenía diez dientes. Y lo que es peor, ninguno adelante.

-Es usted gracioso, señor Mono.

-Y vos medio comunacho, don José Enrique. Vamos a servirnos otra, si te parece.

-Con gusto, amigo.

-No hay caso. Yo sigo tomando hasta cuando ya no estoy. No me reformo más.

-Como he escrito, no te reforman de alma la verdad ni el error que te convencen; te reforman de alma la verdad y el error que te apasionan.

-Usted es un aristócrata del pensamiento, che Pepe.

-Me alegro de tu apreciación, querido Mono. Servíte otra nomás.

-Hablando de pasiones, cuñado, ¿qué te parece si te presento a La Yoli? Y ya que estamos a toda la barra, ¿querés?

-Presentáme a quien vos quieras y llenáme la copa ya que estás. Pero, ¿quién es La Yoli?

-¿Te acordás del Rey Hospitalario?

-¡No me voy a acordar! Yo escribí esa parábola en Ariel...

-Bueno. La Yoli es una reina y hospitalaria que ni te cuento. Vení que te explico mejor. Traé la botella, dále.



Una historia demasiado pequeña.

El papelito tiene más de veinte años y cuenta una historia que es tan chiquita como su precio. Hoy va de yapa.

Atisbar en el mundo de los hombres, esos seres torpes y deformes, siempre me ha resultado un entretenimiento capaz de hacerme olvidar -aun fugazmente- el peso de mi inmortalidad.

Para ellos, ser inmortal es alcanzar el cielo con las manos, lograr el más caro anhelo de su vida de instantes. Pero si lo fueran, si sus relojes dejaran de

tener sentido y cada cosa les resultara **tan** conocida, entonces no sabrían qué hacer con su inmortalidad e inventarían nuevos juegos, nuevas técnicas y más juegos y más técnicas que muy pronto serían **tan** conocidas que para qué.

Ignoran que no es fácil vivir sin mañanas. No entienden que la muerte, si es la nada, pueda desearse con desesperación.

Vivir desde siempre y por siempre significa conocer lo que vendrá porque ya ha venido, saber que mañana será como el mañana de hace doscientos años, cuando cantaron el mismo número de pájaros y murieron el mismo número de hombres.

Atisbo en el mundo de los hombres desde hace demasiado tiempo.

He dormitado bajo naranjos, me han pisoteado botas de soldados, he navegado sobre el lomo del Santa Lucía, he morado en los rancheríos coloniales, me he acurrucado en la espada de los próceres, he bailado con el viento, me he perfumado en rosales, he volado

con pájaros, soy una partícula de polvo.

Suelo regocijarme recorriendo casas, entrando en lechos matrimoniales, en el sueño de un obispo, en las sesiones de la Junta local, en los juegos de los niños.

La torpeza de los hombres es inagotable y yo me río o me enternezco –yo, piedra diminuta, suelo enternecerme-. A veces lloro. De pronto me enfurezco y entonces me apoyo en el viento y les entro en los ojos y trato de molestarlos; yo, tan chiquita.

Ahora, mientras les cuento, el viento leve y amigo me impulsa sobre un pueblo marrón y verdinegro a esta hora de sol escondiéndose.

Me gusta sobrevolar el caserío, la iglesia dormida y buscar las luces cálidas que cuando se muere el odio cobijan charla, juego, amor o soledad, como la de ese gordito que tras la ventana, persistentemente, escribe acerca de una motita de polvo.



Eva dormida.

De la Sección “Libros de viejo” (en todas sus acepciones), les acerco ustedes, sin cargo, este relato de aquellos lejanos ochenta, que no se vende, pero se comparte y que tiene un olor a Eric Berne que ni te cuento.

Estoy ahora en otro pueblo y, como en el cuento, tirada sobre la cama por obra y arte de la manzana envenenada, esperando que el Príncipe abra la puerta, se acerque y conteniendo la respiración, de puro caballero, me dé el beso salvador en la frente.

Y una entonces puede ser gaviota y volar, puede irse tranquilamente del brazo de él, volando los dos hacia el palacio para vivir muy felices para siempre y, tal vez, para pensar en cómo destruir a la madre-bruja, a la madre-cerdo, a la dueña del manzano.

Es que cuando ni manzanas pueden comerse, hasta las Princesas deben trabajar, aunque el sueño sólo sea un sueño horizontal, un impávido esperar a que se abra la puerta y el Príncipe se acerque, conteniendo la respiración, de puro caballero.

Hace unos años, mi pueblo era el mundo.

Y en su infancia las manzanas tenían gusto a manzanas.

Cuando vivía papá, una podía revolotear en torno a la casita de techo rojo y jugar con Andreita, con Fabricia, con todas las nenas de aquel pueblo pobre y quieto.

Papá llegaba siempre a las ocho y me llamaba con aquella voz fuerte y dulce.

Yo entonces tomaba mate con él y conversábamos de los deberes y de cómo me había ido en la escuela y de si mamá me había preparado merienda. Yo a veces le mentía.

Un día papá se fue al cielo y yo me quedé en el infierno. No hubo más infancia.

Aparecieron entonces hombres que venían a casa y a veces eran como las once de la noche y yo seguía afuera sin hacer los deberes, a veces solas, esperando, a veces con doña Beba, la vecina.

Cuando cumplí los quince me fui.

Con un bolso lleno de manzanas, dejé atrás la casa de bloques y techo rojo. No les dije nada ni a Andrea ni Fabricia ni a doña Beba. Pero mamá debe haberlo imaginado, porque las manzanas tenían gusto a ella.

Pasaron los años y conocí muchos enanos y ningún jardín.

Ahora soy mayor, una Princesa ya mayor que está en otro pueblo y, como en el cuento, tirada sobre la cama

por obra y arte de las manzanas envenenadas.

El Príncipe debe abrir la puerta –necesariamente debe abrir la puerta-, acercarse y, conteniendo la respiración, de puro caballero, darme el beso salvador en la frente.

Pero ya no quedan Príncipes.

Y es seguro que un ogro, un enano, un hijo de puta, abra otra vez de una patada esta verde, vieja y podrida puerta de quilombo.



Jad-Bal-Ja.

Dobladito entre las páginas de una revista de Tarzán, encuentro en el cajón este texto en borrador. Como este espacio que compartimos es algo así como aquella comida que nuestros mayores llamaban “ropa vieja”, ahí se los sirvo. Es viejo de verdad y está frío de muerte, pero como en mesa de pobre no hay pan duro...

En las tardes de verano me iba a la selva.

Mientras mi padre dormía la siesta, yo subía al tanque-columpio del fondo y entonces era Tarzán y el tanque Tantor.

Sos mi leoncito me decía mi viejo y yo gritaba Kriga y Bundolo y recorría el valle de Pal-Ul-Don y los grifos me ayudaban.

Un día el columpio (¿el avión?) se cayó y mi padre también se cayó y oi decir a unos vecinos que yo también.

Desde la caída pasó tanto tiempo que ni sé y debía darle de comer en la boca al que antes era mi padre y ahora tampoco sé.

En la última página de esta revista Charles Atlas dice que él fue un alfeñique de cuarenta y cuatro quilos.

Yo no. Ahora, mientras les grito, soy todo un hombre, con más de cuarenta y cuatro quilos, con más de cuarenta y cuatro años pero sin Jane, sin Boy, sin papá, sólo con esta ventana de décimo piso abierta al vacío, a la selva, a la infancia, sin liana.



Milanesas con puré en 1970.

El ejercicio de reabrir viejas carpetas de la memoria para así reencontrarnos con pedacitos de uno mismo, no siempre es un ejercicio gozoso.

Algunos papelitos llevan escritos con tinta invisible, pero brutalmente indeleble, el momento preciso en el cual fueron escritos, que equivale a decir vividos al mango.

Ahora mismo, cuando tecleo estas palabras, el teclado se apoya en la misma mesa en la cual aquel turco de veintiún años escribía el poemita que este Cajón les regala sin que ustedes lo hayan pedido.

Recuerdo con absoluta nitidez el momento: mi madre ajetreaba en la cocina luego de servirle la cena al nene que llegaba de trabajar en Montevideo, mi padre leía, sentado en su reposera y uno mismo, ojos en la milanesa, en el papel y en el televisor blanco y negro, escribía también en blanco y negro.

La mesa es la misma pero ya no están ni el televisor ni mis padres ni la casa de Colombes 68 ni el turco de veintiún años.

El sabor de las milanesas tampoco está.

Es curioso: digo no están y sin embargo siguen estando, porque no somos otra cosa que cachos de pasado reagrupados en el presente.

Y uno, ahora mismo, es sus padres y su casa y sus milanesas y sus poemitas.

Y gracias al Cajón, es también ustedes.



*Trato de formar un copo con el queso en
la sopa
y el televisor canta
despedazo el pan con mis garras y
mastico
y Vietnam y
mastico el pan la milanesa la croqueta
de arroz
y el charco de sangre
paladeo, tomo la soda, eructo
y la bomba atómica.*



Canción parca.

Esperando sepan disculpar la pálida, pero con la íntima convicción de que hay que prepararse porque somos los muertos de mañana, les paso bajo la puerta (toco timbre y salgo corriendo) uno de los textos que integraban aquella “Cantata de la Fundación” que retazos de Grupo Gente escenificó allá por 1982, en los 200 años de Santa Lucía.

Agazapada detrás del hoy
vendrá con sus brazos milenarios
a abrazarte y a lamerte
corbata y abecedario,
tristeza de navidades,
recuerdos, discos, zapatos.
Te alcanzará en silencio
mientras el café o el diario,
mientras fornicas o ríes,
mientras crees ser feliz,
mientras revuelves la olla
o si te toca en suerte
mientras oyes unos versos
que le cantan a la muerte.



La Isla del Tesoro.

Uno, que ha hecho muchos versos en su vida pero nunca poesía, saca de su cajón otra de las canciones de aquella Cantata del Bicentenario que musicalizaron Alfredo “Papa” Gómez y los Rodolfo Torres y Fuentes. Tiene unos pequeños cambios, que creo son tan irreflexivos y nerviosos como el mismo Luisito.

Luisito camina
de esquina a esquina.
Luisito camina.

Luisito es nervio,
un gorrión flaco,
un niño viejo.
Para juegos simulados,
la cosquilla como premio.
Siempre igual:
ansiedad, voz aflautada
y alguna esquina de infancia
que se quedó en alma y gesto.
No entendíamos, Luisito,
que la cosqui, que tu premio,
era caricia de madre,
protección, regazo, beso,
el buen tesoro de Stevenson,
una isla todo juego.

Vamos, Luis,
de esquina a esquina,
con la cosqui, con el nervio,
con el niño, con el premio,
con el juego, con la isla,
con el miedo.

(Luisito camina. Y el pueblo -otra isla- lo mira quieto).



Futuro.

Brometo que éste será el último tema de la Cantata de la Fundación.

Sepan ustedes disculpar si está lleno de polvo: es que para rescatarlo del fondo del cajón, hube de sacarle de encima algunas paladas de tierra.

Araucarias de dos siglos
suben rectas hacia el cielo
como el alma de tus muertos
pueblo de pueblos
mi pueblo.

De tus muertos que a menudo
-tal vez en este momento-
acarician nuestros pasos
revolotean los miedos
y comparten con nosotros
alma en alto cada verso.

A pocas cuerdas escuchan
lo que ahora estamos diciendo,
sintiendo lo que sentimos,
creyendo lo que creemos.

En ese futuro cierto
que a todos tiende los brazos
sin apuro y en silencio,
en esa ciudad de cruces
descansa, mármol y llama,
toda la historia del pueblo.

Se arremolinan prohombres,
prostitutas, peluqueros.
ferroviarios, alquimistas,
alcahuetes, enfermeros,
poetas, héroes, suicidas,
hombres malos y hombres buenos.
Y es el alma de tus muertos,
pueblo de pueblos
mi pueblo,
que nos hermana en silencio.
Son nuestros muertos comunes,
padres, amigos, abuelos,
pasado de todos, presente
y futuro sin más vueltas,
pueblo de muerte
mi pueblo.



Ensalada de vos.

Comparto con ustedes una ensaladita de frutas algo pasada que el cajón guardaba en el fondo junto a una mosca muerta.

Te abro y me moja tu almíbar,
corazón de melón,
fruta prohibida, canción,
corazón, aguijón.
Te acaricio y te huelo la piel
y te pelo y te pelo.

Te muerdo y mi cara se enfruta.

Te exprimo y te agito sin hielo

y te bebo y te bebo.

Me inundo la boca contigo.

Me inundo hasta el alma contigo,

durazno, manzana, pelón,

damasco, naranja, ananá dulzón.

Me embriaga tu pulpa, tu jugo,

las abejas de tu cuerpo.

Brindo contigo y por vos

gajo a gajo, gota a gota,

para que sigas siendo durazno,

manzana, pelón,

damasco, naranja, ananá dulzón,

pulpa jugosa y almíbar.

Brindo contigo y por vos
para que nunca
ni a la corta ni a la larga
seas arrugadita cáscara amarga.



Miradas recíprocas.

En la esquina de Canelones y Salto, aquí en Montevideo, hay un graffiti que dice: "Viste a Lucía?". Eso me hizo preguntarme si yo la vi y si ustedes la ven. Es decir si nos ganó Diocleciano o si todavía podemos ganar nosotros. El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve, nos advertía Antonio Machado, mientras uno se saca el sombrero y se para, respetuoso. Y este humilde escriba, advirtiéndoles de la estructura ripiesca de estos versos medievales, los invita a cantarlos como payador en la Rural. Vamos a ver.

Lejanas proximidades

Y ciertas por bien cercanas
Lejanías.
Aquellas viejas verdades
No son vacías ni vanas
Mi Lucía.

Sólo al mirar puedes verte
Que nadie te preste ojos
Por ajenos.
Mirá hasta sentir dolerte
En tus párpados abrojos
Eso es bueno.

Quien no entiende una mirada
Tampoco un largo argumento
Fiel hermano.

Más vale antes que nada
Que te mires un momento
Eso es sano.

Pero ella, ¿nada nota?
Sé que te ve sin mirarte
Y a tu lado
Si le quitas piel y ropa
Verás que verla es un arte
De iniciados.

Es que vive y bulle en calma
Y navegando en tus venas
Te cobija.
Abrazála con el alma
Es de memorias escena

(Es tu hija).

El pasado es una brasa
Y el recuerdo tuyo y mío
No te miente.
Una ciudad no es sus casas
Ni sus quintas ni su río
Es su gente.

Con tus ojos mira lento
Para no perder detalle
Y contarlo.
La llevarás en tu acento
Y hasta ceñida a tu talle
Al cerrarlos.



Credo (pero poco).

Perdón, por su orden, a Ortega y Gasset, Unamuno, Himno 129 del Libro X del Rigveda, El Dogor, Goethe, Anonimus, El Cacho, Anonimus II, El Chiqui, Hesse, Stevenson, Pedro Guerra, Góngora, Faulkner, Dylan Thomas, Laotsé, Idea Vilarriño, Nacho, Carlitos, Octavio Paz, Fito Páez y Víctor Heredia.

Creo que no soy un ejemplar de una especie.

Que yo soy mi mismísima mismidad.

Que no sé qué había cuando no existía ni la nada, ni el ser, ni la muerte, ni la

inmortalidad, ni hombres ni dioses.

Que el lado oscuro puede ser tan luminoso como el rostro maquillado.

Que lo que está adentro está afuera.

Que el que sólo tiene un martillo ve clavos por todas partes.

Que no debo tomarme muy en serio.

Que todos somos del mismo barro, pero no es lo mismo bacín que jarro.

Que hay gente que no se puede tocar ni con un palito.

Que toda la vida es así, hijo, y así tenemos que dejar que sea y si no somos asnos, nos reímos además.

Que viajar con esperanza es mejor que llegar.

Que se puede seguir adelante y bailar, que ésto dura lo que dura un instante.

Que se nos va la pascua, mozas.

Que no es verdad que el inconveniente de esta tierra es que todas las cosas persistan demasiado.

Que los brazos de los amantes abarcan la tristeza de los siglos.

Que no es mejor dejar los peces en el estanque.

Que no te pido nada, no te acepto nada, que alcanza con que estés en el mundo, con que sepas que estoy en el mundo, con que seas, me seas, testigo, juez y dios y si no, para qué todo.

Que mirarte a los ojos y besarte y hacer el amor contigo por todas las vías es más divertido que hacer como que te amo vía Internet.

Que nada se compara con sentir palomitas en la panza.

Que anoches en la cama éramos tres: tú, yo, la luna.

Que podés darle alegría a mi corazón.

Que hay mujeres enteras.

Que sólo me falta que estés aquí con tus
ciegos ojos claros.

O que sea yo quien algún día esté ahí,
querida santa amiga, hermana, amante,
compinche, Lucía.



**Perdónelos, Don Poquelin:
no saben lo que hacen.**

Vamos a abrir el arcón.

Polvorientos, pero de brillo instantáneo apenas reciben luz, los recuerdos saltan como por arte de magia y se plantan, vívidos, ante el escriba.

Olga Alcalde, entrañable Profesora de Literatura, lanza -entusiasta- la idea: “¡Vamos a representar El Avaro de Moliere!”.

Dirigidos por la querida Olga balbuceamos allí los impúberes liceales Cristina, Susana, Teresa, Gladys, Hugo, Pedro, Sergio, Efrén, Quique, Enrique, Julio y

otros que se me escapan y también uno mismo, que tímido extremo- a disgusto lo embocan en Harpagón, avaro si los hay.

Miedo, temor al ridículo, inseguridad. Y luego entusiasmo, sorpresa, satisfacción.

Hace pocos días, Cristina Apratto (Frosina) me alcanzó las fotos del elenco entero posando para la posteridad.

Gracias a ella pudimos abrir el arcón.

Curiosamente este escriba no guardaba -ni recordaba, como tanto que ha olvidado- esas tomas fotográficas.

Verlas fue volver a actuar, cagado de nervios, encorvado y con cara de sorengue, maquillado como un viejo repulsivo y soplando entre frase y frase las crenchas del pelo y la barba postizos.

Fue escuchar de nuevo los movimientos y la voz de Flecha (“al que le pique, que se rasque”) y recordar la belleza nívea de Susana, la hermosura pícara de Frosina

y la seriedad del Fanga como presentador.

Fue oír otra vez a don Santos Rabaquino, Director del Liceo, que me decía: “tu futuro está en las tablas”, tal vez indicándome subliminalmente que estudiara Carpintería en UTU.


Fue compartir los nervios del estreno, la incredulidad ante los aplausos y el clima casi como de festival de danzas españolas que para las madres tenía el asunto.

Vamos a no bajar el telón ni apagar las luces.

Vamos a seguir actuando juntos en la memoria.

Vamos a dejar abierto el arcón para que se sigan desempolvando recuerdos.

Vamos a intentar que la inocencia de aquellos años siga asomando cada tanto sin miedos ni avaricias.

Que los verdaderos avaros, ajenos a nostalgias, sigan cuidando su arcón, guardándolo por ejemplo -voraces como son-, en las Islas Caimán. 

Volver para ir.

Alguien de la Comisión del Club Social 23 de Marzo (¿fue Darío?) supuso que como uno había “actuado” en el liceal Avaro de Moliere y dirigido una “troupe” infantil que animó algún cumpleaños, ya por ello estaba capacitado para formar y dirigir un grupo de teatro.

La proposición era tan delirante como la aceptación.

Ese delirio dio origen, en 1972 (hace 30 años, podés creer!), al “Grupo 23”.

Su única puesta en escena fue la quilométrica -y algo densa, a decir verdad- “Ida y Vuelta” de Mario

Benedetti. Se estrenó el 8 de noviembre de 1972 en el Club y duró tres funciones más, siempre a sala llena.

Miren todos los santalucenses que estaban en la vuelta.

En el reparto, Alfredo Gómez (Juan), Alicia Martínez (María), Hugo Abreu (Carlos), Yolanda Suárez (Morocha), María Teresa Valdez (Laurita), Nirsa Alvarez (Gladys), Rosario Rodríguez (Inés), Gustavo Torres (Roberto); Raúl Calviño (Pepe) y este escriba (El Autor).

Este mismo escriba dirigía junto a Carlos Gallo, que fue un referente fundamental en el rigor de aquel grupo de muchachos.

El Jefe Técnico era Rodolfo Fuentes y su equipo lo conformaban Nilda Santos (quien en este momento me pregunta de qué va el cajón de hoy, miré usted lo que es la vida), Sonia R. de Battiste, Juan Angel Dárdano, Olga Rodríguez, Daniel Pérez y Carlos Scaglia. Darío Pedrazzi también hacía un personaje sin nombre, Gladys Scoteguazza era la apuntadora, el

maquillaje estaba a cargo de Gloria González y Carlos Gallo y Betty Fernández eran las voces en off del teleteatro.

El “elenco estable del 23 de Marzo” fue inestable: al año siguiente se independizó de su “casa matriz” y se transformó en grupo independiente.

Pero esa es otra historia.



Como un globo sin timón, sin barca y sin capitán.

El Vuelo del Judas fue el tema de La Piel del Judas.

Lo compuso Rodolfo Torres en letra y música y en su primera versión (acústica) lo cantó Benjamín Medina. Más adelante se grabaron nuevas versiones (una cantada por Daniel Borrell y la última por el mismo Capincho) y se inscriben en la discografía de Minotauro que algún día verá la luz.

El comienzo de La Piel tuvo sus variaciones, así como las tuvo el texto original de Juan Graña.

Un personaje nuevo (la Idea) era interpretado por Arturo Cravea, que protagonizaba el audiovisual inicial.

Arturo era un mimo que tramaba la historia, meditando en paisajes naturales de Santa Lucía para luego ir a buscar a los actores a la casa de cada uno. Las fotos eran de Rodolfo Fuentes, quien también seleccionó la banda de sonido de esa introducción: un tema de Couperin tocado en clave, que todavía suena en mis oídos. El audiovisual finalizaba con la escena inicial de la puesta en escena.

Arturo (el mimo, la Idea) entraba en la sala antes de comenzar la función, con el público ya instalado y luego de mirar cara a cara a mucha gente, elegía y hacía subir al escenario a Raquel y a Hugo , que estaban sentados como un matrimonio más, me llamaba a mí, que con gorro y todo recogía las entradas en la puerta y al Yiyo y al Largui, que en algunos teatros del Interior yacían en la vereda pidiendo limosna (con tal grado de convicción que en algunos lugares se la dieron, baisanos).

Cuando todos subíamos, la Idea nos hacía formar una rueda tipo rugby en la cual supuestamente nos explicaba el asunto, para entonces los actores tomar

una posición que se superponía con la del audiovisual.

El resultado de estos preliminares en el público era de asombro primero y de concentrada atención después, cuando en esa mágica mezcla de naturalismo con simbolismo el Largui trasmitía la emoción debida en el momento debido, mientras el tema del Gaucho Torres (hermano actuando, hermano componiendo, hermanos todos) subía por los aires.

Cuando el público nos aplaudió de pie en la Alianza Francesa, también nosotros volamos, puro asombro, pura incredulidad, locos de la vida, como globos sin timón, sin barca y sin capitán.



Y saltó Nicanor.

Eramos parias.

Estábamos solos en El Galpón.

Eramos tan independientes como inconscientes y nos sentíamos rodeados de un palpable tufillo autoritario que aumentaba el temor de habernos metido en la boca del lobo.

Era la noche de premiación y estábamos muy nerviosos y nada cómodos. Seguramente la propia sala se sentiría igual, porque hasta el nombre le habían cambiado.

Era el 24 de agosto de 1976 y el Jurado de la 1era. Muestra Concurso de Teatro del Interior daría su fallo.

El Jurado estaba integrado por algunos monstruos sagrados de las tablas y de la crítica: Luis Cerminara, Gustavo Adolfo Ruegger, el francés Jean Pradier, Luis Viale y Ada Laguarda.

La experiencia de la participación había sido alucinante.

En la Alianza Francesa, al cierre de la puesta de La Piel del Judas, público y críticos habían aplaudido de pie.

Desde El País, Luis Viale -siempre ácido- había escrito que Grupo Gente se acercaba a “un depurado profesionalismo”.

En las páginas de El Día, en cambio, Ada Laguarda -también Jurado- no se entusiasmaba por la puesta y la desacreditaba.

Allá atrás en la platea de El Galpón nos comíamos uñas y codos esperando el momento.

No confiábamos ni siquiera en obtener una mención.

El caballo del comisario era un grupo de Las Piedras, que había realizado una puesta de muy apropiado tono “patriótico”. Y había otros elencos de fuste, entre ellos el reconocido Pequeño Teatro de Durazno.

Nosotros, santalucenses de poca historia y menos fe, ocupábamos filas del fondo en todos los sentidos.

Habíamos convencido a Juancito Graña, el autor, que nos acompañara y, a regañadientes, estuvo al firme con aquellos muchachos de pueblo.

No era fácil para un hombre de teatro criado en esa misma sala, estar allí, pero era su obra y caminó desde el Circular hacia nuestra esperanza.

Entre todos, quietito, también estaba sentado quien siempre nos acompañó interesándose por cada nuevo paso del Grupo: Nicanor Castro Collazo, periodista siempre serio, siempre circunspecto.

Nunca entendimos del todo por qué estaba allí, pero estaba.

Cuando desde el escenario comenzaron a anunciarse los elencos premiados en orden ascendente y sólo quedaba el Primer Premio, las cosquillitas interiores eran inaguantables: o habíamos quedado afuera ignominiosamente o habíamos ganado.

Entonces Ruegger lee el fallo.

“Por el interés de la obra nacional elegida y el sorprendente nivel de calidad de su puesta en escena y de su interpretación general a... “La Piel del Judas” por Grupo Gente de Santa Lucía”.

¡Ay, mi dios!

Salto -sí, ahora- como cuando el gol de Diego Aguirre contra el América de Cali.

Alguien me tironea del saco, preocupado porque estoy rompiendo la solemnidad del acto.

Nos abrazamos, emocionados, incrédulos, pura

perplejidad y cuando subo al escenario a recibir el premio miro hacia las filas del fondo, las de los santalucenses.

Y allí, como en una tribuna, saltaba Nicanor, parte indisoluble de esa mística santalucense que no podíamos explicar pero que les juro que existía, en una imagen inolvidable de una de las emociones más fuertes de nuestra vida.

¡Vamo'el Santa y Nicanor todavía!

(Disculben, baisanos, que practique un desembozado chauvinismo. Pero no sé asumirlo porque nunca he escuchado a Chauvin, diría el Bandido Díaz).



Hugo es joven.

Ensayo en el primer piso del Club.

Señor bajito, de lentes, que se asoma y pide permiso.

Soy Sergio Asinari, encantado, corredor de Mateo Brunet y autor teatral.

Tengo 55 años, quiero conseguir un nuevo trabajo y en todos lados me rechazan. Tiene demasiada edad, dicen, pero no es cierto, me siento joven, soy joven, que casualmente es el título de mi obra, porque de eso se trata: de gritarle al mundo que no es cierto que quienes tenemos más de cincuenta ya no servimos para nada. Leí en el diario acerca de ustedes, muchachos, y me vine hasta aquí con la esperanza de que la leyeran

y se fijaran si pueden representarla, lo que sería un orgullo para mí.

Eso dice.

La obra, larga y árida, encierra una angustia visceral que nos conmueve.

La decisión se toma: se pondrá en escena como monólogo y Hugo será el protagonista.

El resultado es estruendoso.


Hugo pone alma y vísceras y vive su drama más allá de la piel. Rodolfo dirige con todo oficio.

Cuando el autor, chocho, quiere que la obra se represente en Montevideo, el grupo se niega.

También se había negado cuando D'Angelo quería llevarse a Betty y Virginia para su programa de TV, cuyo nombre se me escapa.

Somos fundamentalistas.

Es decir, somos jóvenes.

Como Asinari. 

Lorca y las flechas con curare.

Se te erizaba la piel.

Al público, que nos lo decía y que sentíamos en el imprescindible ida y vuelta de todo espectáculo y a nosotros, cantando sin técnica hasta perder el aire.

Virginia y Nilda, jóvenes hermosas arañas de corralón, danzaban.

El Capincho, guitarra en mano, cantaba como sólo él podía, mientras el Largui y este escriba, acompañaban al maestro.

Raquel te conmovía con su voz clara y dulce y Charo te cacheteaba con su desesperada fuerza.

Decían también, ya con dulzura, ya con vehemencia, Virginia, María del Carmen e Israel.

Lorca Vive fue uno de los espectáculos más sentidos de Grupo Gente

Artigas, de Líber Falco fue más tarde, otro de los poemarios escenificados por el elenco.

Y también América Canta, “canciones y poemas de la América indígena”, según rezaba el programa de la temporada 1974.

Pero aquí la cosa fue distinta, baisanos.

Con canciones removedoras y de hondo efecto en una época en la cual todos vibrábamos con lo que no se decía pero se insinuaba, el poco trabajo “de adentro”, provocó un hecho vergonzoso y vergonzante.

La puesta era envolvente, incluso en la disposición de los actores, que rodeábamos al público.

En uno de los poemas (¿era de Santos Chocano?) se alzaba una lamentación india (ayuno de texto y de

memoria fiel, la traduzco como “¡Qué triste, señor!”) que Israel Lachaga lloraba desde uno de los rincones.

La frase debía envolver al público.

Y lo envolvió.

Con poco ensayo, aquel “¡Qué triste, señor!”, aquel profundo lamento indio dicho con voz muy grave contra un ángulo de la pared del fondo, retumbó en cada lamparita, dio vueltas a las sillas, se colgó del asombro de todos y, dando de lleno en el estómago de quienes ocupábamos la escena, se transformó en una sorprendente y contagiosa carcajada.

La risa de los actores contagió al público, la plumita del indio cosquilleó la planta de todos los pies y aquello fue el desbande de la tribu.

El clima de América Canta fue, definitivamente, “muy triste, señor”.

Tal vez fue por eso que aquella América sólo cantó dos funciones.

Israel, mirádonos desde cielos de soles y luna y magia, debe estar riéndose todavía.



Pero, ¿es que el velero sigue en la botella?.

Jorge Díaz, chileno, era el autor de una obra rica y compleja, con elementos de teatro del absurdo y pasajes de un enternecedor naturalismo, pieza cautivante, pero de muy difícil escenificación: “El velero en la botella”.

No logramos ni siquiera que la embarcación se mojara, pero la experiencia fue riquísima.

Los personajes de El Velero no se borrarán nunca de mi memoria.

Las tías, dos en una, una simbiosis desconcertante, eran interpretadas (magistralmente, no les quepa duda) por Raquel Pi y Graciela Abreu.

Junto a ellas actuaban Gustavo (David), Virginia (la dulce Rocío), Betty y Arturo (el acartonado matrimonio Tudor), Leonardo Fernández (el Notario), Nilda o Estela Díaz (la Matrona) y este turco (el Padre), que dirigía junto a Raquel.

Estaban también “los personajes que no se ven”, de nombres inefables: Edelvina, Emiliana y El Intrépido Heriberto.

Aquel velero nos dio a todos la sospecha de que éramos capaces de surcar otros mares más lejanos y bravíos.

Azotado por un viento que sólo a él lo sacude, el Intrépido Heriberto, como Acab, preparaba su arpón para atrapar su sueño.

Tantos años después, somos otros Heribertos, surcando apenas nuestro propio río, mares interiores, mínimas caídas de agua, charquitos sucios.

El velero sigue en la botella, encima de una estufa.

Los capitanes también y su cielo
es chatito y de vidrio.

Moby Dick, marineros,
parece no estar en ninguna parte.



El que pisoteó las petunias fue el Yiyo, Señorita.

El Yiyo te oía cuando pensabas.

No por perceptivo sino por orejudo.

Aquel “Muchacho” de la pieza “El caso de las petunias pisoteadas” de Tennessee Williams tenía las orejas grandes y por eso podía escuchar los temas musicales que le daban a la puesta un clima intimista y conmovedor.

Esos temas los había compuesto (sí, ya se lo imaginan) el Gaucho Torres, un tipo cuyo talento debería haber trascendido hace ya mucho tiempo los límites del pago.

Interpretados por Minotauro, las letras eran de Daniel Da Rosa (de Grupo Contemporáneo).

Leo con ustedes en el programa el detalle de esos temas:

1) Ella por nunca; 2) Toko; 3) Simple; 4) Ella por siempre.

Estela Díaz era Dolores, Ruben Abreu el Agente y Graciela Abreu la Dama.

“El caso de las petunias pisoteadas” fue escenificado por el rimbombante “Equipo de Experimentación” de Grupo Gente, que en realidad era su Escuela de Teatro.

La Dirección estuvo a cargo de Virginia.

Pienso ahora que para ella la música de Minotauro no agregaba nada.

Virginia siempre fue todo música.



“Yo no fui”.

Pesado como vaca en brazos, el texto del doctor en filosofía panameño José de Jesús Martínez era una rareza.

Pero nosotros también éramos raros, y entonces acometimos la empresa.

La ficha técnica contaba con Raquel como El Juez, uno mismo como el hombre que era juzgado, Charo como Conserje y Gustavo como El Funcionario. El

tema musical (“Juicio Final”) había sido compuesto por Rodolfo “Gaicho” Torres y estaba interpretado por Minotauro.

Maquillaba, como siempre, Betty; asistía el Gaucho Cigliuti y el Jefe Técnico era (también como siempre), Rodolfo Fuentes.

El texto de la obra me había subyugado: el juicio divino a un mortal que intentaba salvarse sin siquiera saber que sólo era una cascarita vacía, un espécimen de mentalidad literal, superficial, frívolo, insustancial, mediocre, cultor del tanto tienes tanto vales, con la ética devaluada, un hombre de éxito en su vida terrenal que hablaba con el Juez (¿acaso el Juez no era el propio Dios?) con esa familiaridad condescendiente típica de los agrandados, un tipo elemental pero con la convicción de ser complejo y entonces importante, que es la peor condición de tanto semejante desemejante que por ahí anda.

Hablaba y hablaba, justificándose.

Yo no fui, decía sin decirlo.

Como dice el Lankavatara Sutra, se quedaba atrapado en sus palabras igual que los elefantes en el barro.

Creía saber lo que creía ser, pero ni adivinaba lo que de verdad era, como tantos que en el mundo son.

Pongo el señalero para avisarles que voy a doblar (porque a partir de ahora el camino es puro barro).

Quiero decir: el texto era estupendo, pero la puesta no.

Es que se nos empantanaba su dinámica: imagínense ustedes dos personas sentadas frente a frente, hablando ambos todo el tiempo.

Por eso el juicio final del público fue unánime: ¡al infierno!.



El café se enfría en la mesa 10.

Grupo Gente debutó con Los de la Mesa 10 del argentino Osvaldo Dragún.

Texto ideal para gente que comienza, Los de la Mesa 10 fue la puesta en escena más redonda de Grupo Gente, Teatro Circular.

La cercanía de los actores con el público, la verosimilitud de las actuaciones, la justa química entre naturalismo y simbolismo (las grotescas máscaras del final, el barquito de papel, la flor), le dieron a esta obra su carácter de piedra fundacional del grupo, de punto de partida para lo que hicimos luego.

Fue en Los de la Mesa 10 que nos demostramos a nosotros mismos que se podía y que había desafíos que éramos capaces de asumir.

La fuerza dramática de Betty, la justeza de Hugo, la ductilidad de Gustavo lograron junto a Raúl y a Charo una puesta en escena que muchos santalucenses recordamos con emoción.

Escucho todavía la percusión de Rubita y Nilda cuando las máscaras agobiaban a la pareja que terminaba sin barquito ni rosa, figuras tendidas y siluetas dibujadas luego en el suelo como en una reconstrucción policial.

Cuando las sillas se daban vuelta sobre la mesa, no sólo el bar cerraba: cerraba la sala de teatro, la vida misma cerraba.

Y para aquella María y para aquel José no habría cafecito capaz de entibiarles el futuro.



Bonus Track o el óbito de Lamberto.

Una de las facetas de Grupo Gente que algunos recuerdan fue su Locorquesta y los sketches que a menudo hacíamos para públicos amigos.

Los instrumentos no existen. Yiyo, contrabajista, camina envuelto en una gabardina como Groucho Marx y se le quedan los dedos atrapados entre las cuerdas. Uno mismo, violinista, va a cada rato a buscar el arco, que se le escapa irremediabilmente. Largui, el hombre del piano, siente con dolor cómo se le cierra la tapa del instrumento sobre sus manos. Hugo curte el bandoneón, que más temprano que tarde le agarra con su fuelle sus partes pudendas y debe ser retirado

de escena, maltrecho. Todo ocurre casi a la vez, la orquesta se va descomponiendo sin dar tiempo a que los que la ven por primera vez se repongan rápidamente de las sorpresas.

Hace unos meses, una amiga con quien no hablaba en treinta años, me lanza por teléfono una pregunta desconcertante: “¿Qué hacés, Lamberto?”.

No podía creerlo. Juntos rememoramos el monólogo que tantísimos años después ella -y no yo- recordaba.

Plagiado de la revista Lunes (cuándo no), este turco se enfrentaba solo al público y comenzaba a llamar en todos los tonos progresivos posibles (tierna, amistosa, imperativa, desesperada, angustiosamente) a un tal Lamberto, que supuestamente estaba ubicado en la última fila, detrás de todo el público. La cosa duraba demasiado, hasta que los espectadores comenzaban a impacientarse. Entonces, con gesto de profunda pena, luego de tantos Lamberto! y Lambertoooooooo! y Lambertooooooooooooooooooooooooooooo!, uno decía, muy apenado:

“No hay nada que hacer. Está muerto”.

Como les pasa ahora a ustedes, no todos se reían.



Mirando a Lucía.

Si te guiño un ojo, Lucía, tu pelo cae en cascadas de agua y tu olor es de glisinas, eucaliptus y humo de hojas secas y tus manos arrullan y despiertan y tu voz susurra embelecocos de boliches, quilombos y viejos amores y tus senos se esconden tras moñas azules y tus piernas doradas patean pelotas de goma y tu risa quema y vuela con el Judas.

Vos, ciega por culpa de Diocleciano, ves nuestros pasos desde que éramos sietemesinos animalitos berreantes y doña Genoveva nos daba la primera palmada por aquello de las futuras culpas.

¿Adónde iban aquellos pasitos chiquitos?

Hoy vuelven a vos.

Y uno, medio Ulises, teme al visitarte no ser reconocido ni por Argos, su perro.

Pero se equivoca.

Porque los amigos que te abrazan al verte, esos viejos jóvenes con futuro que ahora son nuevos veteranos con pasado, confirman lo que decía creo que Tucídides: las ciudades son su gente, no sus edificios.

Entonces, reviéndote hoy, viéndolos a todos ustedes tanto después, mirando y viendo y entonces viendo lo que nunca vimos, moriremos menos idiotas, Lucía.

Sabremos que los afectos de la infancia hacen crecer brotecitos en cada rama y entenderemos que las raíces te nutren para siempre y te mantienen parado aunque soplen vientos arrachados que marchiten hasta la rosa de los vientos y aunque estés plantado en macetas con tierra ajena y aunque todo se caiga a pedazos, como las casaquintas y la fe de tus vecinos.

Te guiñamos un ojo cómplice (somos menos ciegos)
y estáte tranqui que estemos donde estemos, vestidos
incluso de extranjeros, llevaremos para siempre los ojos
llenos de vos, que equivale a decir de ustedes.

No hay otra mirada posible.



Barquito de Babel.

El barquito de papel que surca, oscilante, las embravecidas aguas calle Rivera abajo, no lleva soldadito de plomo.

Lleva una porfiada credulidad.

La sigue llevando ahora mismo, mientras esta página de El Pueblo convertida en barquito busca aguas familiares, amigos que alumbren como faros y que vayan alumbrados (sol por todos lados), que con Laotsé pulan las aristas, atenúen el resplandor, se adapten a lo que son porque lo sepan, que no se vendan por un plato de lentejas, que jamás sean porte-chaise d'affaires, que si juegan al truco con dios nieguen una flor para

que El gane y todo permanezca, que entiendan y entonces traduzcan lo que viven, que hablen ellos (ni muñecos ni ventrilocuos), que tengan no un alma grande (;se acuerdan de Mahatma?) sino al menos una mediana, que sean capaces de herejías, disonancias, migraciones (líneas de fuga) y la pizca de humor y locura para seguir navegando y de vergüenza, grandeza y ternura para no naufragar en los ríos interiores, el peor naufragio posible.

Cientos de barquitos de papel pasan calle Rivera abajo y comienzan a desarmarse a las pocas cuadras, humedecidos.

Si se los observa con atención se descubre que están llenos de palabras.

Son páginas de Voz Juvenil, de Adelante, de Patria Nueva, de Inquietudes, de programas de Grupo Gente, de avisos publicitarios, de poemitas juveniles y de páginas de El País con “Monteviduende” y de El Pueblo y sus cajoncitos de turco, todo chorreando agua y voces y tiempo.

Son endeables, sin timón, capitán ni palo mayor y en realidad a nadie le importa (¿escribo yo o pasa un barco?)

Es que a veces sólo vemos borroneados papelitos navegando y otras mascarones de proa tallados para la ocasión, pero casi nunca el pesado chinchorro melancólico oculto en la niebla que, sin faro a la vista ni brújula a la mano, al no poder encontrar puerto alguno sólo busca chinchorros iguales, puro desamparo, para surcar, oscilando juntos, las embravecidas aguas calle Rivera abajo sabiendo que no se trata de llegar a buen puerto (no lo hay) sino simplemente de navegar mientras sea posible.



De cajones vacíos y otros contenidos.

Algunos cajones, como algunas almas, sólo se abren desde adentro.

Y éste es el caso.

Como cada semana, intento que el arcón se abra para buscar alguna vivencia del pasado y así compartirla con ustedes.

No quiere.

Le pido azules de infancia.

Tampoco.

Le ruego me traslade a las calles arboladas, al

calorcito de la primavera puro pájaros, al aserrín de los viejos boliches, a la lluvia limpia y al olor a tierra mojada mientras Spinelli pasa voceando “Limooonee!”.

Y nada.

Creo que era Unamuno que le pedía a dios, no literalmente porque la memoria no es literal: “no tienes otro cielo que darme que el que yo mismo he vivido; devuélveme el pasado, que ese es mi cielo”.

Cachitos de ese pasado le pido al cajón, que no es dios y ni siquiera tiene un genio adentro y que me mira serio, cuadrado.

De golpe hace temblar su vieja tapa , la abre violentamente y me escupe un beine

-amarillento y jodido- que, para peor, me muestra los dientes.

Cometida la agresión, se cierra con estrépito.

Se ríe de mí el hijo de la madre: cada vez es menos necesario peine alguno en cabeza tan despojada y el

pasado que le pedía -el cielo vivido-, sólo puede revisitarse con esfuerzos de memoria, modificado, que es como querer ir de vacaciones hacia donde no se puede llegar para intentar después mirar un álbum de fotos sin fotos.

Tal vez uno pretenda el imposible de recobrar recordando, no de hacer desfilas sino de desfilas uno mismo en el cielo vivido.

Lamentablemente a veces, como ahora, el muy apolillado armatoste se niega a dejarse sacar o siquiera a escupir pasado alguno y nos deja sin desfile.

Sólo una cosa no hay, es el olvido, recordaba Borges.

Pero esta presa de polillas está hoy habitada por ese olvido. Hace suyo un exilio interior que es el más profundo de los exilios.

Sin embargo, cosa curiosa, la cajita de contenidos sigue dándome sorpresas.

Cuando ya me doy por vencido, abre su tapa

rechinante (¿adivino un gesto de compasión en su actitud?) y me sopla a la cara un papelito arrugado que leo dificultosamente a la luz amarillenta del foco de una luz de esquina del Santa Lucía de 1950.

“No confíes en el cajón de tu memoria. Inventa, imagina. Porque como decía Schiller, sólo la fantasía permanece siempre joven: lo que no ha ocurrido jamás no envejece nunca”.

Usted y yo hemos ocurrido. Y por eso, junto al cajón, cada vez con menos fantasías, irremediablemente envejecemos.



Cerrá y vamos.

*Vengan, niños, cerremos la caja y las marionetas,
porque nuestra comedia ha terminado.*

(Thackeray, Vanity Fair).

Cerremos el cajón sin estrépito, no sea cosa que despertemos los fantasmas de tanto grito (no gritos de fantasmas sino fantasmas de gritos, que es peor).

Un cajón no es un bazar, claro, pero si cerramos de golpe su añosa tapa, algunas cosas pueden romperse, incluso sus chafalonías, sus lucecitas, sus emociones de montaña rusa.

Se romperán las baratijas.

Hay otras que no hay golpe que las pulverice ni oscuridad que las apague: son las que sólo le importan a uno y que pocos quieren comprar.

Las que contienen niños agazapados que lloran bajito para no despertarnos.

Las que dejan ver ancestrales desacuerdos con la injusticia y la estupidez.

Las que encierran amistades que debemos hacer durar y darle espacio.

Las que levantan solidaridad y vergüenza y respeto y dignidad y tolerancia y fidelidad a uno mismo por sobre los beinecitos de blástico.

Aunque en verdad y de última, baisanos, más allá de propósitos, el cajón es, como nosotros, cuentos contando cuentos, nada.

¿Lo repito?

Nada.

Es que Pessoa y detrás de él Ricardo Reis nos susurran contundencias desde sus profundidades.

Pero, a lo nuestro: hoy nos proponemos cerrar el cajón.

Sin estrépito ni duelos, pero cerrarlo por fin.

Nos hemos dado cuenta que nosotros, como la abuela, tampoco sabemos contar.

Y para dotar de seriedad y un poquito de misterio a tan solemne acontecimiento, nos vestimos de magos y les bresentamos el famoso truco de la caja china.

Acá ta, acá no ta.

¿Vieron qué fácil?

Ya no ta.



